nuestra civilización apóstata frente al cristianismo

J. P. HOWARD

Turrillo

To Doctor
John A. Mackay
— who has inspired
me in my work and
helped me produce
these addresses

— Geo. P. Howard

Santiago de Chile
July 1935

NUESTRA CIVILIZACION
APOSTATA
FRENTE AL CRISTIANISMO

NUESTRA CIVILIZACION APOSTATA FRENTE AL CRISTIANISMO

▼ ▲ ▼

DIAGNOSIS DE LA ENFERMEDAD ESPIRITUAL DE NUESTRO SIGLO

▲ ▼ ▲

JORGE P. HOWARD

—CONFERENCIANTE ARGENTINO.
—DOCTOR "HONORIS CAUSA" DE LA UNIVERSIDAD DEL PACIFICO, CALIFORNIA, Y DE LA NORTHWESTERN, CHICAGO, EE. UU.

BUENOS AIRES
EDITORIAL "CIRCULO DE ESTUDIOS CRISTIANOS"
1935

DOS PALABRAS

Los cinco capítulos que forman este libro son conferencias pronunciadas en las capitales y ciudades más importantes de las Repúblicas del Uruguay, Argentina, Chile, Perú y Colombia. Los muchos y buenos amigos que las han escuchado han creído que convenía su publicación. Podrán así llegar estos estudios a muchas personas que no alcanzaríamos con la voz.

No pretendemos con estas conferencias agotar los varios temas que se tratan. Deseamos más bien que sirvan de estímulo para que aquellas personas que hasta ahora hayan mirado con indiferencia los problemas filosófico-morales, se interesen en ellos y, tomando los puntos de vista consignados en este libro como punto de partida, realicen un provechoso estudio de estas profundas cuestiones.

El autor, por intermedio del "Círculo de Estudios Cristianos", de Buenos Aires, ofrece este libro al público sudamericano, en la esperanza de que ha de recibir una benévola acogida y que servirá, aunque en modesta escala, para estimular el despertamiento espiritual que tanto urge en nuestro continente.

J. P. HOWARD.

Santiago de Chile, Febrero de 1935.

I

EL SIGLO DE LA TECNICA Y LOS VALORES ESPIRITUALES

Quizá edad ninguna recibió mayores dones que la nuestra, ni sufrió tampoco mayores yerros; ninguna saltó de gozo como ella ante descubrimientos científicos más inesperados al par que sublimes, ni vió ninguna abrirse bajo sus plantas más espantosos abismos; ninguna se vió más tentada a sufrir el encanto, a embriagarse con su propia grandeza; y, lo que constituirá su gloria inmortal, aun en sus más felices días, ninguna se vió jamás menos satisfecha.

Victorias gigantescas en el comienzo; libertades civiles, políticas y sociales; conquistas por las armas de la elocuencia, de la justicia y de la razón; caminos de hierro que abrevian el espacio y determinan la dominación del mismo;

telégrafos que corren con la velocidad del pensamiento; pájaros mecánicos que cruzan los océanos y los continentes y juntan en uno a todos los pueblos; la física, la química y la geología revelan mundos desconocidos para nuestros mayores; la historia, la filología y la lingüística muestran lo que se había perdido; lo imposible convertido repentinamente en cosa fácil, lo extraordinario no admirando ya a nadie. Tal es nuestro siglo. Pero a pesar de todas estas conquistas de la ciencia, nuestro siglo no es dichoso. Le falta algo. Echad la sonda en el corazón de los hombres de nuestro día y lo hallaréis triste, — atormentado por algo que ellos mismos no explican, abrumado por un peso que ellos no comprenden. Este siglo tiene una herida en el corazón. Sufre.

Nuestra época corre el peligro de dejarse deslumbrar por los brillantes triunfos de su técnica. Y, sin duda, tiene el hombre de qué enorgullecerse. Ha sujetado y puesto a su servicio las incalculables y misteriosas energías de la naturaleza.

Recuérdese cómo fué inaugurada la reciente exposición "una centuria de progreso", en Chicago. En las anteriores exposiciones el presidente de la república, sentado en su gabinete en Wáshington, hacía girar una llave eléctrica que producía una señal en la exposición, quedando ésta así oficialmente inaugurada. Pero

ese método resultaba demasiado sencillo para los técnicos modernos. Con el fin de celebrar dignamente los triunfos técnicos de un siglo de ciencia, era necesario apelar a un método que hiciera más honra a los modernos progresos científicos. Un rayo de luz, por consiguiente, sería el invitado oficial que abriría las puertas de esta moderna exposición. ¡Y un rayo de luz nada menos que de la estrella Arcturus, a cuarenta años luz de Chicago! Sería, además, un rayo que partió de aquel astro hace cuarenta años cuando se celebraba la primera exposición internacional de Chicago en 1892, y que, viajando día y noche con la rapidez vertiginosa con que marcha la luz, llegaría puntualmente al observatorio de Yerkes, a unos 120 kilómetros de Chicago. Tal como se había programado, el tenue y fugitivo procedente de Arcturus fué recibido por el magno telescopio de ese observatorio; pasó luego a una célula fotoeléctrica donde generó una corriente eléctrica; ésta, después de pasar por un sistema de amplificadores, corrió por unos cables hasta el lugar de la exposición, procediendo, en el instante en que se le esperaba, a abrir la puerta principal de la exposición, a encender todas las luces, a echar a vuelo las campanas y a hacer sonar grandes bocinas.

¡Un rayo de luz sideral para abrir las puertas de una exposición! Eso es lo que son capaces de

hacer los hombres, cuando quieren, con su técnica. Pero en un mundo de abundancia ¿por qué no habrán suprimido el hambre? ¿Por qué, en una tierra poblada por infinidad de seres humanos, hay más soledad y tristeza que nunca? ¿Cómo es que en un mundo, cuya técnica científica nos asombra, cunde por todas partes el sentimiento de frustración y de ineptitud? Todas las regiones de la tierra han sido exploradas y conocidas. Sin embargo, como nunca antes se siente el hombre víctima del miedo y juguete de la incertidumbre.

Hemos progresado, sí; pero estamos avergonzándonos un poco de nuestro progreso y nos sentimos impacientes y anhelantes de algo mejor.

El mismo Wells acaba de decir que la clave que nos abre el secreto del descontento y malestar actuales, está en que en las vías de comunicación y transporte hemos progresado maravillosamente, mientras en los medios de aproximación humana por medio de la cultura mundial y de relaciones morales entre los hombres, vivimos todavía en la Edad Media o en épocas paganas.

Roberto A. Millikan, el distinguido físico norteamericano, en un artículo publicado en enero de este año (1935) en el *American Magazine* y en el que hace un balance del año 1934, formula observaciones muy pertinentes

al problema que aquí examinamos. Dice: "Si hemos de hacer un inventario exacto del progreso realizado por el mundo durante el año 1934, tendremos que hacer primero un examen de nosotros mismos.

"La acostumbrada estadística sobre la mercadería transportada por nuestros ferrocarriles, la producción metalúrgica y la construcción de nuevos edificios, podrían servir sólo para ocultar de nosotros los elementos fundamentales que constituyen el verdadero progreso humano. Los métodos de transporte son importantes, pero no tan importantes como el saber si, durante el año recién transcurrido, los hombres que han aprovechado nuestros modernos medios para tragar el espacio y suprimir las distancias, han sido más bondadosos, más reflexivos y más considerados los unos con los otros que en el año anterior. Podríamos jactarnos de la rapidez con que nos movemos de un lugar a otro, mientras que nos olvidamos cómo andar pacífica y reflexivamente con nosotros mismos.

"El número de kilómetros recorridos en automóvil no es tan importante como el saber lo que vimos, qué sentimientos abrigamos y cómo nos conducimos en el trayecto. ¿Habremos procedido como si fuésemos los únicos dueños del camino? ¿Estábamos dispuestos a librar batalla con todo aquel que encontráramos

en la encrucijada de los caminos? ¿O fuimos corteses como aquellos caballeros andantes de otra época? ¿Cuántas atenciones concedimos con nuestro automóvil a los ancianos, a los cojos y a los que estaban físicamente incapacitados para salir de la prisión de su aposento? ¿Y cuántas veces habremos subido solos en automóvil hasta la cima de algún cerro para leer y meditar, ansiosos de mejoramiento espiritual? Puesto que los valores humanos trascienden las estadísticas, debemos usar la regla de oro para medir el verdadero progreso.

"Los plausibles progresos que hemos hecho en las vías de comunicación, sea por la radio, el telégrafo o el teléfono, no constituyen en sí, necesariamente, una civilización superior. La pregunta fundamental con respecto a esos medios de comunicación sería: ¿qué fué lo que comunicamos? ¿El miedo y los prejuicios? Nuestras maravillosas facilidades para la locomoción, ¿habrán fomentado el odio, el egoísmo, ideas viles y sentimientos falsos? ¿o sirvieron para la expresión de un más sólido pensar, de impulsos más generosos y humanos?

"El hecho de que algunos de nuestros altos edificios estén oscuros y sólo a medio ocupar, se convierte en verdadera tragedia cuando las inteligencias de los que habitan esos edificios también están desiertas y sumidas en la lobreguez. Lo de vital importancia no es el número

de nuevas construcciones que se levante, sino lo que sucede dentro de ellas.

"No nos dejemos engañar por la producción de nuestras granjas y fábricas. La cuestión suprema es el saber si *nosotros* hemos aumentado en estatura mental y moral. No es tan importante saber con qué rapidez giraron las ruedas durante el año 1934, sino con cuánta mesura y firmeza lograron los hombres reflexivos enderezar sus pies por las sendas de la tierra. Es menos importante el progreso hecho en la construcción de motores que el mejoramiento en el motor que mueve el espíritu de los hombres, — la dinámica de los conocimientos, el resorte de la comprensión y el impulso de los nobles propósitos".

. . . .

Los maravillosos progresos y los descubrimientos del siglo XIX de los cuales tanto esperábamos, no han podido salvarnos de las consecuencias desastrosas de una civilización basada en la fuerza, la competencia y el egoísmo. Como causa de toda nuestra confusión y perturbación, el filósofo francés Bergson ha indicado el hecho de que nuestros cuerpos han llegado a ser demasiado grandes para nuestras almas. Dice que la principal obra de la ciencia ha sido la de agrandar el cuerpo del hombre: el telescopio ha dilatado sus ojos, el teléfono pone lo que se susurra en lejana tierra, al

alcance de su oído; los ferrocarriles, los motores y los aeroplanos han multiplicado la velocidad de sus pies, y los cañones han aumentado de un metro a cuarenta kilómetros el alcance de sus puños. "¿Y qué de su alma?", exclama el profesor, y lamenta el hecho de que todas estas espléndidas fuerzas y conquistas de la ciencia estén aun en manos de una generación que, en su desarrollo moral, ha alcanzado sólo la estatura de un enano. "La necesidad más apremiante de la humanidad — termina diciendo el gran filósofo francés — es la de una vida espiritual que esté a la altura de la responsabilidad que implica la posesión de tan bellas conquistas materiales".

En el Coliseo de la antigua Roma, un grupo de cristianos esperaba ser devorado por las fieras, mientras ochenta mil espectadores contemplaban la escena. Aquellos cristianos pertenecían al pueblo común, y cada uno de ellos podía haber escapado a ese fin brutal con sólo quemar un poco de incienso al emperador; pero no se doblegaron ante tan trivial exigencia, prefiriendo morir antes que renunciar a sus convicciones. Vengamos ahora a nuestra época, mil ochocientos años más tarde. Hemos tenido tiempo suficiente para superar las cualidades de carácter y la fidelidad de aquellos cristianos; pero, ¿lo hemos conseguido? Si nosotros fuésemos sometidos a la

misma prueba que ellos, ¿demostraría nuestra actitud alguna superioridad sobre aquellos primitivos cultores del ideal? Aquellos cristianos primitivos jamás viajaron en tranvías eléctricos; nunca vieron un ferrocarril subterráneo; jamás asistieron a una sesión de cinematógrafo y nunca hablaron por medio del teléfono. En muchos sentidos hemos progresado y los hemos dejado muy atrás, pero en cuanto a las cualidades de carácter, la fidelidad, la integridad, la lealtad a la conciencia; en cuanto a los valores morales y espirituales, ¿habremos progresado más que ellos?

Nos hemos olvidado que lo material tiene significado únicamente cuando sirve de instrumento para lo espiritual. Cuando falta la verdadera riqueza interior, languidece o se pierde la exterior. La personalidad del hombre afecta todo aquello con que entra en contacto. El "circulante" que va de mano en mano va adquiriendo o perdiendo valor según sea bueno o malo el carácter de quienes lo hagan circular. Aquí cabría recordar la leyenda del rey Midas que convertía en oro todo cuanto tocaba.

Pregunta un economista de la Universidad de Oxford: "¿qué es el dinero? Creíamos poder contestar esa pregunta — sigue diciendo.— El dinero era algo que se llevaba en el bolsillo, se escondía debajo de un ladrillo en la cocina, o se depositaba en un banco. Todos es-

tábamos seguros de que en el dinero teníamos algo concreto y mucho más real que las fuerzas hipotéticas del espíritu. Pero ante los aspectos complejos y desconcertantes de nuestro mundo moderno, no acertamos tan fácilmente a contestar la pregunta. El hecho que parece destacarse en medio de la confusión de nuestro día es que el dinero no tiene ninguna existencia real. No es tanto metálico, o tanto papel, sino más bien tanto crédito y la expresión de cierta medida de confianza. Pero el crédito y la confianza no son nada material o tangible, sino que fluyen de los propósitos de la vida y de las cualidades de carácter del hombre, de modo que la existencia y los fines del dinero están más y más íntimamente relacionados con ciertas realidades morales y espirituales". No es aventurado decir, pues, que la estabilización financiera deberá ser precedida por la estabilización espiritual del financista.

El dogma del progreso humano automático e inevitable, ha resultado ser una vana ilusión. Durante la última guerra europea los que confiábamos en la cultura y la educación como medios para una constante y ascendente evolución de la humanidad, hemos sufrido un amargo desengaño. Hemos visto descender al nivel más bajo de barbarie y salvajismo a algunas de las naciones más cultas, aquéllas en

que la filosofía y la ciencia habían llegado a su apogeo. Hemos contemplado la bancarrota de una época que reclamaba el derecho de ser considerada la más progresista en todas las artes humanas, la más iluminada, la más fuerte y la más segura en toda la historia. Conviene que no olvidemos cuán aguda y terrible fué la crisis que experimentó nuestra tan decantada civilización durante la última guerra. Toda violación de las leyes humanas e internacionales, era contestada con represalias que eran más severas y crueles que la causa que las motivaba. Ninguna tregua mitigaba la lucha encarnizada entre los ejércitos. Los heridos morían sin cuidado alguno, en las líneas de combate; los muertos pudríanse a montones. Barcos mercantes y neutrales, como también aquellos que servían de hospitales, eran hundidos sin ninguna consideración, y los infortunados seres que en ellos viajaban, eran abandonados a merced de las olas. No se escatimó esfuerzo alguno para matar por medio del hambre a poblaciones enteras de no combatientes. Mujeres y niños caían bajo el fuego de las ametralladoras. Ciudades históricas y monumentos clásicos eran destrozados por la artillería; las bombas eran arrojadas sin consideración de quiénes serían las víctimas; los gases venenosos asfixiaban tanto a los civiles como a los combatientes; con fuego líquido

se rociaba el cuerpo de los enemigos. Cuando terminó la guerra quedaban sólo dos medios de exterminio de los cuales no hubiera echado mano el hombre: la tortura y el canibalismo. Esa es la obra del hombre moderno.

Sir James Jeans, estudiando las fuerzas latentes en los electrones, ha dicho que hay en un grano de carbón del tamaño de una arveja, fuerza radio-activa suficiente, si sólo supiera el hombre cómo manejarla, para impulsar un gran transatlántico desde Nueva York hasta Liverpool. Si el hombre aprendiera a manejar esa fuerza, ¿qué uso haría de ella? Inmediatamente pensamos en el horror de una futura guerra entre pueblos en cuyas manos la ciencia hubiese puesto tan formidable poder. Desaparecerían del mapa grandes ciudades y naciones enteras serían aniquiladas. Moralmente el hombre no está preparado para usar las maravillosas fuerzas que a diario, casi, la ciencia le proporciona.

La ciencia no ofrece ninguna receta contra el egoísmo; ella es la servidora dócil, así del bueno como del malo. Hay que cambiar al hombre para hacerle digno custodio de las fuerzas titánicas y el poder casi sobrenatural que la ciencia ha puesto en sus manos, — he ahí el problema magno.

No olvidemos que las grandes catástrofes de la historia se deben, no a los débiles, sino a los

fuertes. No supieron éstos usar noblemente el poder de que disponían. Cayeron vencidos por las terribles tentaciones que siempre acompañan a la adquisición del poder. Les faltó el sentimiento de responsabilidad. No supieron consagrar el poder inmenso que poseían al servicio del bienestar común.

Una institución o un orden social sólo podrán perpetuarse mientras utilicen su poder en beneficio de la colectividad, y esto implica algo más básico que la sola reorganización externa de esa institución o de ese orden social. Ninguna nueva forma de organización dará mejores resultados que la que existe actualmente, si los hombres que la integran siguen careciendo del sentido de responsabilidad ante la posesión del poder. Hay que ir más allá de la forma externa y llegar hasta el mismo espíritu del hombre y de las instituciones que organiza, para cristianizarlos. Hay que conseguir que las manifestaciones del poder respondan al ideal cristiano de responsabilidad y solidaridad.

¡Qué curioso error ha sido el de considerar al cristianismo como una religión para los débiles! ¡Que los de carácter fuerte o los de recia personalidad, no necesitan de la religión! La historia misma se encarga de destruir este error. Sus páginas más obscuras no se deben a los débiles que carecían de fuerza moral y de

ideales espirituales. No son ellos los que han empapado de sangre al mundo, sino los otros, los fuertes que, ebrios de poder, disponían de los medios con que satisfacer sus bajas pasiones y llevar a cabo sus viles propósitos, sin escrúpulos de ninguna clase.

Por eso es que la ética de Jesús es una ética para los fuertes. "El que quisiere ser grande entre vosotros, sea vuestro servidor", dice ese insigne Maestro. Esa es la única solución para el problema del poder: que éste sea dedicado, usado, y, si fuere necesario, renunciado, en bien de los demás.

Jesús nos da el ejemplo. Disponía de poder, pero nunca lo aprovechó para su propio bien. No quiso destinar su fuerza espiritual a la consecución de fines materiales; se negó a convertir las piedras en panes. Esta es la tentación que asalta a todo hombre: la de aprovechar, con fines egoístas, los dotes y las capacidades personales que tenga. Pablo de Tarso, fiel al espíritu de su divino Maestro, y siguiendo esta ética de amor, dice: "Así que, los que somos fuertes debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos".

El hombre moderno no es, pues, tan moderno. Agitan su espíritu las mismas pasiones que antaño. Es movido por los mismos instintos de conservación propia. La diferencia está

en que antes llevaba en sus manos un arco y unas flechas; hoy la ciencia le ha armado con una ametralladora. Ayer era un ser de limitada experiencia e inteligencia; hoy en nuestras escuelas, muchas veces, le hemos aplicado una ligera capa de vistosa y superficial cultura; hemos aguzado su inteligencia de modo que es hoy más sagaz para disimular sus tendencias perniciosas.

Cuando dice Wells que la civilización es una carrera entre la educación y la catástrofe, lo confirma Ortega y Gasset, en su libro *Vieja y Nueva Política,* recordándonos que "es una ilusión pueril creer que está garantizada en alguna parte la eternidad de los pueblos. De la historia, que es una arena toda de ferocidades, han desaparecido muchas razas como entidades independientes. En historia, vivir no es dejarse vivir; en historia, vivir es preocuparse muy seriamente, muy conscientemente, del vivir, como si fuera un oficio".

El hombre moderno se ha elevado mucho, pero puede caer hasta los mismos abismos de degradación que el hombre antiguo. El hombre siempre sigue siendo hombre. Las cualidades nativas de su corazón son iguales. Posee hoy la misma capacidad que ayer para el mal y para el bien. Por eso es que ninguna reorganización de la sociedad o modificación de la existente legislación exclusivamente, por más

necesaria y deseable que sea, ha de solucionar la crisis a menos que transformemos los móviles, los deseos y los ideales del hombre. Será inútil buscar en este partido político o en el otro, en aquella forma de gobierno o en la otra, el remedio de nuestros males. Los partidos políticos y los gobiernos se forman de hombres; representantes nuestros son los gobiernos y los parlamentos. No lo olvidemos. Reflejan con mucha fidelidad nuestra veleidad, nuestra falta de honradez, nuestra pobreza de carácter. El Maestro de Galilea trajo "paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". Anhelamos ardientemente gozar de paz y seguridad, pero no estamos dispuestos a cumplir con las condiciones, a pagar el precio de la paz, que es el permitir que la cordialidad, la humanidad y la buena voluntad suplanten en nuestra vida al egoísmo y a las ambiciones de puesto y poder. No estamos dispuestos a sacrificar nuestro sistema económico basado en la fuerza, el miedo y el egoísmo, por otro más humano, basado en la cordialidad, la solidaridad, la justicia y la cooperación.

Se le preguntó en cierta ocasión a un novelista ruso de la era pre-revolucionaria, cuál era la enfermedad que afligía a Rusia, a lo cual contestó el escritor: "¡Nosotros somos la enfermedad de Rusia!" No sabemos si habrá

querido significar que los "escritores" eran la gangrena que roía las entrañas de aquel país o si eran simplemente los hombres como tales, los que constituían el problema. Como quiera que sea, dentro del escritor está siempre el hombre, de modo que al final vendría éste a ser el responsable. De esto estamos seguros: el problema de mayor magnitud y que hoy más preocupa es el del hombre.

Nuestra crisis no es en primer término crisis económica, ni política, ni social. Es crisis del individuo, crisis del hombre. La miseria, antes de manifestarse en el cuerpo social, estaba ya en las entrañas del individuo.

Hace poco se resolvió celebrar en Gran Bretaña un día de recogimiento espiritual y se solicitó de los obispos anglicanos la preparación de algunas plegarias que fuesen apropiadas a la ocasión. Estos caballeros tuvieron la originalidad de preparar unas oraciones en las que hacían reconocer al pueblo inglés que la culpa de lo que sufría la tenía él mismo y nadie más. Enorme fué la protesta de la prensa, de los ministros de la religión y de los devotos. ¡Cualquier día dejarían de insistir en que la culpa de las dificultades por las que pasa el Reino Unido no fuese de los alemanes, o del Soviet o de los nacionalistas de la India! Sin embargo, esos obispos demostraron sabia penetración. El primer paso hacia la estabili-

zación espiritual que tanto urge, es el abandono de nuestra hipocresía, dejando de echar la culpa a otros y aceptando, todos, nuestra parte de la responsabilidad por lo que hoy sucede.

El señor Traylor, uno de los banqueros de más alta figuración en los Estados Unidos y cuyo nombre sonaba como posible candidato a la presidencia de aquel país en los pasados comicios, dejó pasmados a sus colegas, representantes de fuertes intereses materiales y muy amigos de la parquedad y mesura en las declaraciones que llegan a oídos del pueblo, al decir ante una comisión del Congreso estadounidense que las "ambiciones de puesto, de poder y de lucro han cegado el juicio de nuestros hombres directores, no dejándoles ver los evidentes peligros que tenían en el camino".

Es verdad que el mundo se encuentra abrumado por deudas, impuestos y gastos desenfrenados. Solamente en ejércitos y armadas el mundo gastó en 1929 cuatro mil doscientos millones de dólares, o sea el doble de lo que invirtió en 1914. ¡Y esto después de haber hecho la guerra para acabar con la guerra! Según un reciente artículo de Guillermo Ferrero, los derechos aduaneros, sólo sobre el trigo, cuestan a la población de Europa dos mil millones de dólares anuales. En la ciudad de Chicago ochocientos mil depositantes han visto esfumarse

sus ahorros por el cierre de bancos. Es, sin duda, una grave crisis económica a la cual estamos asistiendo.

Pero eso no es lo peor. Lo grave es que a la crisis material hay que sumar la crisis espiritual que sufre el hombre moderno. Hemos perdido nuestro dinero, pero lo que más debiera preocuparnos es que primero perdimos el sentimiento de solidaridad, de responsabilidad y fraternidad y la fe en que el cosmos está de parte de estas cualidades; hemos olvidado que la felicidad duradera no depende de nuestras posesiones materiales.

Hemos estado organizando nuestra vida sobre la base del egoísmo y dejándonos regir, en nuestras relaciones, por la ley de las selvas. Pero no somos bestias; somos seres humanos; hemos sido hechos de tal manera que nunca estaremos satisfechos con el nivel animal. Nuestro glorioso e inquieto espíritu aspira a algo mejor. Sólo la ley del amor, de la cooperación y de la solidaridad humanas, el sentimiento de lealtad y responsabilidad para con nuestra civilización, *sólo este espíritu cristiano* puede salvarnos y dar a nuestra vida un significado de alto y duradero valor.

No se concibe la conveniencia sino sobre la base de la más decidida fecundidad espiritual del hombre. Bergson dijo antes de la gran tragedia mundial: "Existe hoy un desequilibrio

anormal y funesto en la humanidad. Hacemos grandes progresos en la parte material y en el campo político, pero nuestros progresos en la parte moral y religiosa son insignificantes, y el hombre ante todo y sobre todo es un ser moral y un ser religioso".

El mismo testimonio nos lo dió en una conferencia que pronunciara en Buenos Aires el conde Keyserling, al hacer la siguiente declaración: "El mundo occidental ha perdido la religiosidad, y cuando una época pierde el instinto religioso, ha perdido las raíces de la vida. Nuestra existencia se va mecanizando, va perdiendo su espiritualidad, y, como dice una antigua sentencia, cuando un pueblo pierde sus dioses, ese pueblo muere. Hoy lo sabemos todo, y no comprendemos nada. La salvación no puede venir del saber. El saber corresponde a los hechos, la comprensión a su significado. Comprender es más necesario que saber. Como lo comprueba la barbarie científica moderna que nos llevó a la última guerra, la incomprensión del hombre que sabe todo puede llegar a revestir caracteres satánicos. Son preferibles aquellas grandes épocas en las cuales los hombres, en la sencillez virgen de su espíritu, comprendían sin saber, como los niños que comprenden el sentido de las palabras mucho antes de aprender la gramática. Esas épocas eran religiosas y cuando una época

lo es, tiene sentido. Nuestra época, en cambio, no lo tiene y en lugar de crear, destruimos, porque sólo mediante la comprensión participa el hombre del acto creador".

Es una interpretación tristemente errada la que se hace de la naturaleza humana, sosteniendo que es incapaz de responder al llamado de los elevados ideales del cristianismo y que realiza grandes hechos sólo cuando responde al estímulo del propio interés. Las más bellas páginas de la historia humana constituyen un enérgico desmentido de este cargo. Es una vil calumnia contra los más generosos instintos del alma humana y los hechos más nobles de la historia, insinuar que sólo cuando hay de por medio alguna ventaja personal, actúa el hombre con todos los recursos de su ser. Este concepto pobre queda refutado por el amor de infinidad de madres y padres, y la dedicación de miles de educadores, poetas, músicos, médicos, enfermeras y ministros de la religión. Estos servidores de la humanidad no son movidos por el resorte del lucro o la ventaja personal.

Afirmamos nuestra fe en la humanidad. Esta no puede seguir siempre satisfecha con "el alma flaca y el cuerpo engordado", al decir de Carlyle. Ya empezamos a sentir repugnancia por ese cuerpo cebado. Hemos descubierto que la senda de la prosperidad no es el

camino infalible a la felicidad, ni bastan la comodidad ni la seguridad para dejar satisfecho al hombre. Este, en ocasiones, escoge deliberadamente el peligro y las molestias. Gozosamente sacrifica su seguridad y bienestar en favor de alguna arriesgada aventura, como, por ejemplo, los cazadores de fieras, que sufren fatigas espantosas, insoportables calores tropicales, sed, moscas, paludismo, mugre, de todo con el sólo fin de matar a un tigre o de fotografiar un gorila. Proporcionad al hombre un impulso suficientemente fuerte, que apele y comprometa todo su ser, — la guerra, por desgracia, viene a ser para algunos ese aliciente, — y, desdeñoso de una vida regalada y cómoda, se precipitará con avidez hacia lo desconocido y peligroso.

Y más: a veces el poder huir de las comodidades corrientes y el vulgar lujo de la moderna civilización, es un placer inexpresable. Por eso es que se organizan excursiones campestres, "pic-nics" y muchas otras tentativas por volver a la vida sencilla. El hombre moderno sabe ya que el bienestar material y la comodidad no son esenciales a la felicidad. Esta, como dijera Luis de Zulueta, es interna, no externa; no depende de las cosas, sino de la opinión que de las cosas nos formamos. "La vida del hombre — dijo una vez el supremo

Maestro — no consiste en la abundancia de los bienes que posee".

Ha llegado el momento de levantar la moratoria del Sermón de la Montaña que durante muchas décadas han sostenido los hombres. Fué Sir William Byles en el Parlamento británico, durante la guerra, que acuñó esa frase: *la moratoria del Sermón de la Montaña.* No sólo durante la guerra, sino también en tiempos de paz, los hombres han violado los principios de vida, eternos e inmutables, bosquejados en esa magna carta del espíritu humano. Si los estadistas que rodearon la mesa de la paz de Versalles, hubiesen "buscado primero el reino de Dios y su justicia", en vez de preocuparse de las viejas ambiciones y ansias de poder, por lo menos nos hubiésemos librado de la más desastrosa consecuencia de todos esos tristes arreglos de paz: la perpetuación de las suspicacias y el miedo. Olvidaron aquellos hombres que el temor y la confianza son incompatibles; que la prosperidad depende de la confianza y que ésta es fruto de la buena voluntad. Debieron haber tenido presente ese proverbio de Oriente que dice: "el odio no desaparece por medio del odio, sino que cesa frente el amor". ¡Lástima que no recordaran que la única manera de neutralizar la amenaza de un enemigo es el de tratarle como a un amigo y conseguir así que en realidad lo sea!

¡Cordialidad, buena voluntad, amor! Lirismos, decís. Pero ¿por qué no probarlos? Hemos probado en las relaciones sociales, industriales e internacionales las actitudes contrarias, y se está desmoronando nuestra civilización. Lo único que queda por probar son los principios del Sermón de la Montaña.

Levante, pues, los ojos al cielo este siglo tan agitado, tan sacudido, pero grande por su genio, noble por sus esperanzas, generoso por sus empresas; deje de presentar sus sedientos labios a todos los vientos del cielo y de esperarlo todo del hombre. Olvide la tierra, o más bien, que siga cultivándola, embelleciéndola, extrayendo los tesoros que contiene y que él presintió a fuerza de inteligencia; pero que no pida a la tierra lo que no tiene, la vida divina que él necesita.

El hombre es una mitad, ha dicho un escritor francés. La otra mitad necesaria para completar el círculo de su vida es aquello que simbolizamos con el término Dios. "Tú nos has hecho para tí — exclama San Agustín — y nuestro corazón no hallará reposo hasta que no descanse en tí".

Es necesario que el hombre recobre el sentido espiritual de la vida. Ha salido de su centro espiritual. Las paredes de un edificio en que el volante de una gran máquina se saliera de su centro, se desplomarían inmediatamen-

te. Pero dejad a ese volante en su centro, y, por enorme que sea, gira suave y silenciosamente. Cristo nos reveló el centro espiritual del hombre. La vida que se ajusta a las normas de aquel incomparable Maestro, como dice la frase evangélica, "está en Cristo"; ha encontrado su centro; muévese armoniosa y silenciosamente, al compás del ritmo espiritual que ha hallado. En Cristo, está en su elemento; fuera de ese medio cristiano, es como el pez que aletea desesperadamente en las arenas de la playa: está fuera de su elemento.

Recobremos el sentido religioso de la vida. No decimos: volvamos al misticismo de la Edad Media; ni queremos insinuar que sea necesario volver al boato de algunas ceremonias religiosas. No nos contentemos con los "símbolos" de la religión; nada menos que la realidad podrá satisfacernos.

Tengamos fe: una fe ardorosa, que lleve en sí calor de vida, pero nunca la llama abrasadora del fanatismo; una fe racional, pero no fría ni abstracta; valiente, pero no temeraria ni precipitada; confiada y ecuánime, pero no superficial ni adormecida; una fe que no sea dócil, ni servil, ni supersticiosa; una fe que no nos separe de nuestros prójimos, sino que nos convierta en grandes amantes de la humanidad.

Un día, al más célebre organista de Ingla-

terra, Sir Frederick Bridge, le tocó hacer un viaje a través de aquel país. Tuvo que cambiar de tren en un pequeño pueblo y aprovechó el tiempo que tenía recorriendo las calles y visitando los lugares más interesantes. Llegó hasta el modesto templo de la aldea y, viendo que estaba abierto, entró. El viejo sacristán se ocupaba en hacer la limpieza, y aunque no sabía quién era el distinguido músico, no vaciló en darle permiso para que tocara el pequeño armonium. Inmediatamente en las diestras manos del gran maestro, aquel pobre instrumento sufrió una maravillosa transformación. Jamás había escuchado el anciano conserje armonías tan exquisitas. Escuchaba profundamente emocionado, y cuando terminó de tocar el célebre organista, exclamó aquel anciano: "¡Pues, señor, yo no sabía que nuestro organito era tan bueno!"

Si los hombres sólo dejásemos que el gran Maestro de la vida nos tomase en sus diestras manos bajo su sabia dirección, también algún día exclamaríamos: "¡Qué hermoso es nuestro mundo! ¡Qué buenos son los hombres!"

II

¿EXISTE UN ORDEN MORAL EN EL UNIVERSO?

Max Scheler dice que esta es la primera vez en diez mil años de historia humana, que el hombre ha llegado a ser un problema para sí mismo.

Durante cuatrocientos años el pensamiento del hombre europeo ha tenido una dirección centrífuga; su interés estaba dirigido hacia lo exterior. Los hombres fueron arrebatados por el deseo de descubrir, explorar y multiplicar sus posesiones. Ha sido ésta una época de exploración. Desde el descubrimiento del continente americano en el siglo XV hasta la exploración del africano en el siglo XIX, los pueblos de Europa se han extendido por todo el mundo, circundando el globo con un mismo sistema económico. Igualmente los conoci-

mientos científicos fueron dirigidos hacia la conquista del mundo externo.

Pero hoy empieza a cambiar fundamentalmente la dirección del pensamiento humano. Empieza el hombre a dirigir su atención y pensamiento hacia lo interior, y se pregunta: ¿qué sentido tiene la vida? ¿cuál es su propósito y fin? Dice el doctor Butler, rector de la Universidad de Columbia, Nueva York, que la característica de nuestro día es el examen de corazón o la mirada introspectiva. "En todas partes — escribe — los hombres vuelven los ojos de su inteligencia hacia la vida interior, preguntándose qué habrá pasado con nuestras convicciones, nuestros hábitos, nuestras prácticas y nuestros acostumbrados sentimientos, para que hayamos dejado llegar el mundo al extremo de confusión en que hoy se encuentra".

La ciencia que hoy está más en auge es la psicología. Es la más reciente de todas las ciencias, tan nueva que a veces vacilamos en considerarla como tal. Se confirma, pues, el dicho de Platón: "El hombre está obligado a ser filósofo, quiéralo o no, como está obligado a ser religioso, aun cuando no lo desee, porque el universo, con sus intrigantes misterios y sus seductoras incitaciones, nunca le dejará tranquilo". A pesar de la aparente sequedad de espíritu de nuestro día, debemos sentirnos opti-

mistas, porque el genio no florece en la opulencia; han sido las épocas de prueba las más ricas en creaciones artísticas.

No pensemos, pues, que los problemas económicos son primarios y que deben tener precedencias sobre toda otra cuestión. Los estadistas y los economistas nos dicen que el problema grande de nuestro día es el del restablecimiento de la confianza. Si sólo tratáramos del problema de la estabilidad monetaria, de la fiscalización de las actividades comerciales, de la democratización de la industria, del control del movimiento de la población, o de la abolición de la guerra, estaríamos jugando con soldaditos de plomo. No habríamos empezado a tocar el problema fundamental. Hay dificultades más graves que las enumeradas, como ser: el egoísmo del hombre, el instinto de conservación que quiere volverle al nivel animal, y el espíritu de ave de rapiña que amenaza destruir sus más nobles valores.

El hombre siempre ha creído en la posibilidad de alcanzar la felicidad, de forjarse una vida de sólido bienestar. Ha trabajado con fervor para crear una civilización mecánica. Pero ahora parece que la formidable máquina que ha creado se vuelve contra él y amenaza destruirle. La ciencia, que ha hecho llegar los penetrantes rayos de su investigadora antorcha hasta las mismas murallas del cielo, ahu-

yentando las últimas sombras de la ignorancia y la superstición, no ha podido hacernos más felices ni más buenos que nuestros mayores. ¿Acaso, el hombre que vuela en aeroplano es más feliz, más libre, más humano, que el hombre de la Edad Media que no contaba con medios tan rápidos de locomoción?

¿Qué significan estos triunfos soberbios de la técnica, si millones de hombres viven en la incertidumbre y la miseria? ¿De qué valen nuestras imponentes urbes con sus elegantes y modernísimos edificios, si por sus avenidas y bulevares corren presurosamente como aterrados grillos, infinidad de hombres que buscan trabajo y no lo encuentran, que piden pan para sus hijos y no lo hallan?

¿Qué significado tiene la vida? ¿A qué fin sirven todos los descubrimientos de la ciencia? ¿Ha hecho más feliz a la humanidad toda esta abundancia de bienes materiales? Al tratar de contestar estas insistentes preguntas del hombre moderno, nos damos cuenta de que hemos perdido el camino. Hemos estado tan ocupados con los aspectos externos y materiales de la vida, que no hemos definido claramente, lo que ella es. Como bien dijo Sócrates, no sabremos lo que es una cosa hasta que sepamos para qué sirve. Nos hemos olvidado que lo material tiene valor únicamente cuando sirve de instrumento para lo espiritual.

Estamos hoy en la situación del hombre que trata de construir un edificio de diez o veinte pisos sobre cimientos que sólo son capaces de sostener dos o tres. En su *Journal Intime*, Amiel dice: "La sociedad reposa sobre la conciencia y no sobre la ciencia. La civilización es, ante todo, una cosa moral. Sin la honradez, sin el respeto del derecho, sin el culto del deber, sin el amor al prójimo y, para decirlo de una vez, sin la virtud, todo está amenazado y todo se derrumba, y no serán las letras, las artes, el lujo, la industria, la retórica, el gendarme ni el aduanero, quienes puedan sostener en los aires el edificio minado por la base".

En medio de este mundo tan bello, cuyas armonías acusan tan gran artista, ¿cuál es la verdadera posición del hombre? Es la de señor. Bien; pero ¿lo es en absoluto? Cuanto se halla bajo su planta debe obedecerle; pero sobre él, sobre su cabeza, ¿no tiene a quién prestar obediencia?

Es verdad que hemos descubierto las fuerzas de la naturaleza, sus incalculables y misteriosas energías. Nuestros padres iluminaban su camino con la débil llama de un par de cirios; nosotros caminamos en medio del resplandor de poderosos reflectores eléctricos. Ellos cabalgaban; nosotros, en aeroplano, nos deslizamos suavemente por los aires. Ellos no contaban con otros medios para expresarse

que los que tenían los hombres de las cavernas; nosotros hablamos con un micrófono ante los labios. Ellos escribían con pluma de ave; nosotros usamos una linotipia. Ellos tuvieron las manos casi vacías; nosotros estrechamos entre las nuestras, como en un haz, las maravillosas fuerzas del universo. Hélas ahí sujetas y puestas al servicio nuestro; pero solamente nos obedecen bajo una condición: y es que antes debemos nosotros obedecerlas. ¡Oh hombre! ¡Eres grande sobre tu encendida locomotora! Admiro la suavidad, la armoniosa fuerza de tu inmensa maquinaria, movida por el vapor. Guárdate, sin embargo, de tocar a una sola de las leyes constitucionales de la naturaleza: la caldera saltaría en pedazos y tú con ella. Pobre rey, aprenderías a tu costa que no eres dueño de la naturaleza, sino a condición de obedecer las leyes de Aquel que la creó.

Y así, como el hombre se encuentra constreñido a respetar las leyes físicas que rigen su vida, debe, para vivir, ajustar su vida y conducta a esas leyes superiores, las leyes morales que determinan las condiciones de su vida interior.

Pero, ¿existirá un orden superior de cosas, un mundo moral con sus leyes inmutables, con las cuales se requiere que estemos en armonía? Se nos dice que debemos respetar a nuestro

prójimo; que no debemos mentir, ni hurtar, ni matar. ¿Quién ha dicho eso? pregunta el hombre tentado a cometer alguna de estas faltas. ¿Son éstos sólo principios concebidos por algún individuo o grupo de individuos, o será que el hombre los ha descubierto como inherentes al carácter o esencia del universo? Si estos preceptos tuvieron origen sólo en la mente de ciertos hombres que ahora tratan de imponérnoslos, es posible que ellos se hayan equivocado y que la violación de esas reglas no tenga más consecuencias que la de provocar la ira de los autores de esos cánones.

Podríamos decirle a nuestro inquiriente que aquellas son leyes que integran la legislación social que los hombres han ido elaborando de año en año, y que su violación tendría que ser expiada en la cárcel, la horca o la silla eléctrica. Podría escucharnos atentamente... y al mismo tiempo estar a la expectativa de una oportunidad favorable para cometer alguno de estos delitos, con tal de que no fuese descubierto. Por lo menos, podría estar dispuesto a correr el riesgo. Al contrario, si la ley moral es parte integrante de la misma fibra y textura del orden universal de valores, entonces nuestra actitud frente a esos principios tendrá consecuencias totalmente distintas. Habremos burlado la ley de nuestro país, pero nadie puede burlar a la vida. "No os engañéis",

dice Pablo de Tarso, en una de sus epístolas, "Dios no puede ser burlado, porque todo lo que sembrare el hombre, eso segará".

Pero justamente cuando nos sentimos atraídos por esta interpretación espiritual de la vida, nos asalta la duda. Hay muchas personas que se sienten atraídas por el ideal cristiano; gustarían aceptar la interpretación cristiana de la vida; pero la encuentran tan contraria a los hechos reales de la vida, tan excesivamente ideal, que sospechan que toda la estructura del cristianismo no es la prosa sobria y real que debiera ser, sino una bella y romántica poesía. Abandonemos, por ejemplo, por unos momentos el mundo, donde hemos vivido en medio de un fárrago de odios, de antagonismos y de envidias, y entremos en el recinto de un templo donde se nos habla de los valores de la vida interior, donde se expresa la fe en que la vida tiene un sentido, y se nos dice que Dios es bueno, que la ley de la vida es el amor y que los mansos heredarán la tierra. Sentimos inmediatamente el contraste entre los hechos brutales de la vida y los hermosos ideales del cristianismo. ¿No serán éstos un bello romanticismo? Una ilusión con que hacemos más llevadera, por unos instantes al menos, la abrumadora carga de la vida? He ahí el problema que quisiéramos examinar.

A la pregunta, ¿no será el cristianismo sólo

un bello idealismo y no una realidad científica?, nuestra respuesta sería: No, señores; *la crisis que hoy sufre el mundo, lejos de revelarlo como una fantasía o ilusión, prueba que el concepto cristiano de la vida es una terrible realidad, contra la cual, habiendo nosotros chocado con loca sinrazón y descomedido egoísmo, sufrimos ahora las tristes consecuencias.*

Recordemos, por ejemplo, uno de los conceptos más brillantes del cristianismo: la idea de la *solidaridad humana*. Según la declaración de Pablo de Tarso, todos somos un cuerpo... y miembros los unos de los otros... el ojo no puede decir a la mano: no tengo necesidad de ti, ni puede decir la cabeza a los pies: no tengo necesidad de vosotros. Esta figura que nos da el Apóstol Pablo encierra la médula del cristianismo. Encontramos en esta frase de Pablo todos los elementos vitales del ideal cristiano que algunos creen sólo un bello pero irrealizable ideal. Hallamos en ella la ley del amor, porque, si somos miembros de un solo cuerpo, debemos cuidarnos los unos a los otros. La ley que prescribe que los fuertes deben servir a los débiles se descubre también ahí; porque en un cuerpo del cual todos somos miembros no debiéramos despreciar a ninguno de ellos, sino más bien proteger aun al más humilde. La ley que establece que la vida se

conserva sólo cuando la perdemos en pro de algo superior a nosotros, está también en esta frase del gran apóstol, porque en un cuerpo donde todos sufren cuando uno sufre, el miembro que se sacrifica por el bienestar de los demás se beneficia a sí mismo, pues él es parte del cuerpo por cuyo bien se ha entregado.

El cristianismo no enseña que *debemos* ser un cuerpo, sino que *ya lo somos*, y que, por consiguiente, siendo éste el hecho básico de la vida, el amor es la ley básica de la existencia.

¿Será verdad todo esto? En medio de la confusión de nuestra vida moderna nos asalta la duda. Nos parece más bien, que éste es un mundo donde domina el egoísmo. Pero volvemos a contestar: de ninguna manera. Este es un mundo en el que, a la larga, el egoísmo fracasa, y la prueba la tenemos en el caos que reina en nuestro derredor. Y si no lo queremos creer antes de que venga la catástrofe, estaremos obligados a creerlo cuando ésta llegue.

En el año 1857, el historiador inglés Macaulay escribió a un amigo norteamericano en los siguientes términos: "Vuestra república será saqueada y desolada tan pavorosamente por los bárbaros del siglo veinte como lo fué el Imperio romano en el quinto siglo, — pero con esta diferencia, que los hunos y vándalos que asolaron el Imperio romano vinieron de afuera, mientras que vuestros hunos y ván-

dalos los habréis de engendrar dentro de vuestro propio país y por medio de vuestras propias instituciones". Jamás ha habido una profecía que se cumpliera tan exactamente. Nuestras repúblicas están siendo asoladas, no por el enemigo exterior, sino por la clase egoísta y criminal que hemos formado dentro de nuestras propias fronteras.

¿Cómo es que se ha formado esa clase criminal? Por nuestro egoísmo; nosotros somos los responsables. Hemos buscado nuestro propio bien, como creíamos; nos hemos ocupado de lo que era ventajoso para nosotros y nos hemos desentendido de los demás. Permitimos que millares de personas viviesen en la miseria y la ignorancia. No nos ha quitado el sueño el hecho de que millares de niños en nuestro derredor se criaran en conventillos, sin escuela, sin vida de hogar, sin Dios. Hemos lucido nuestras pieles y ostentado nuestra seda, sin que los trapos y andrajos de otros hombres y otras mujeres, o los niños tiritando de frío, restasen algo de la satisfacción que nuestra vanidad experimentaba. De cuando en cuando, una voz preguntaba como a Caín, "¿dónde está tu hermano?" y nosotros hemos contestado, "¿acaso somos la guarda de nuestros hermanos?" Y ahora el hombre abandonado y olvidado se vuelve contra nosotros. El también quiere su parte del botín de la vida; pero

asalta sin escrúpulos y con menos elegancia; se convierte en pistolero, o asaltante. Y el único remedio que se nos ocurre es el aumentar policías y agrandar cárceles. ¡No se nos ocurre hacernos un poco más humanos, más cristianos!

Esta tierra es mucho más moral de lo que sospechamos. Los que alcanzan una ética de solidaridad y cooperación están mejor capacitados para sobrevivir que los ensimismados y egoístas. Cuando se habla de la supervivencia de los más idóneos, no olvidemos que la misma biología nos enseña que los más idóneos son los que mejor han aprendido a cooperar. ¿Dónde están hoy esos monstruos que en un tiempo remoto levantaban la mole enorme de su fornido cuerpo por entre la vegetación de las selvas prehistóricas: los dinosauros, los mastodontes, etc.? Estaban admirablemente armados para defenderse y para sobrevivir. Eran irresistibles en su fuerza destructiva. Pero tuvieron que sucumbir. Sólo sabían destruir; sólo pensaban en sobrevivir; no supieron colaborar para el bien común. Y el animal o la planta egoísta, según nos revela la ciencia, no están en condiciones de sobrevivir. Las hormigas y las abejas, admirables ejemplos de la solidaridad, han podido sobrevivir a tantos monstruos que, aparentemente, tenían mucho más en su favor. Hoy el tigre

está siendo exterminado por el hombre; es un animal que destruye y mata sin consideración de ninguna índole. También el hombre tigre y la nación tigre, de acuerdo con esta ley que está escrita en la misma naturaleza de las cosas, están condenados a ser aniquilados.

La historia nos enseña la misma verdad. Ella nos revela a lo largo de la penosa senda por la que ha transitado la humanidad, las ruinas de poderosas instituciones que se basaban en la explotación y la fuerza y que, dejando, por consiguiente, de ser útiles, no pudieron mantenerse en pie a pesar de su poderío. La monarquía absoluta, defendida como estaba por ejércitos y marinas, la esclavitud humana, sistemas sociales feudales, grandes imperios que parecían apretar entre sus puños de hierro la vena yugular de la humanidad, toda esa pompa y gloria de ayer está hecha polvo. ¿Por qué? Porque el egoísmo viola una de las leyes ingénitas de la misma naturaleza.

Repito, pues: Este no es un mundo donde el egoísmo reina, sino donde el egoísmo arruina.

Quizá alguien esté inclinado a decir: éste es un mundo en el que, para triunfar, el hombre debe ser muy listo; un mundo en que cada uno debe luchar para sí mismo, y no ocuparse de los demás. Y contestamos nuevamente: no, señores; éste es un mundo en el que, a la larga,

sólo podemos tener para nosotros aquello que compartimos con los demás. Veamos si esto no es cierto.

Queremos salud para nosotros y para los nuestros. Pero éste es un bien que sólo colectivamente podemos conseguir. No hay ninguna garantía de salud para nadie a menos que la haya para todos. Las epidemias no respetan ninguna línea divisoria entre ricos y pobres, y la escarlatina no hace excepción de personas. Hubo un tiempo en que, cavando un pozo, hubiera podido proveerme de agua. Pero hoy es la compañía de agua potable la que provee a mis necesidades en este sentido, y, si yo quiero buena agua, es necesario que se provea para todos. Tiempo hubo cuando el hombre se aseguraba vistiendo armadura de hierro que lo cubría de cabeza a pies. Pero hoy ese método de hacerse seguro no surte más efecto; si quiero gozar de seguridad es necesario que la disfrute también toda la colectividad. Esta es una ley de la vida: sólo poseemos aquello que compartimos con nuestros prójimos o hacemos extensivo a ellos.

La crisis económica que sufrimos hoy anuncia al mundo esta misma verdad en términos inconfundibles. En nuestras ansias de lucro creíamos que era posible multiplicar la producción de artículos sin aumentar el poder adquisitivo de la gran masa del pueblo. Una minoría

ha tratado de asegurar para sí la prosperidad mientras que la vasta mayoría de la humanidad apenas tiene con que subsistir. En los Estados Unidos los dividendos aumentaron un 65 % de 1928 a 1930, mientras que los sueldos bajaron en un 19 % en esos mismos años. El resultado es que la prosperidad de los prósperos se está disolviendo, porque sólo cuando se hace una distribución equitativa de la riqueza, sólo cuando se comparte con otros, podemos conservarla. Cuando el alimento nutre todo el cuerpo, éste goza de bienestar.

Oímos decir a veces: "Este es un mundo caótico y endemoniado; un mundo en que dominan la violencia y el odio; un mundo en que es imposible la cordialidad y la buena voluntad entre pueblos y naciones; un mundo en que la buena voluntad sabe a agua de rosas, a un concepto poético, a una efusión lírica". A lo cual contesto: No, señores; éste es un mundo en que *ha de triunfar la buena voluntad o vamos derecho al exterminio.* Este es un mundo en el que cuando faltó la buena voluntad, millones de hombres fueron sacrificados en una sola guerra.

¿Que la buena voluntad y el sentimiento de solidaridad son sólo un idealismo imposible de realizar? Para la constitución de un hogar no es sólo un "idealismo" la buena voluntad, sino la única base sólida sobre la que se puede le-

vantar la familia. En la escuela es también la buena voluntad un *sine qua non;* una obra de educación eficiente no puede ser realizada, sino en un ambiente de buena voluntad y de cordialidad.

Parecería entonces que estuviésemos en la necesidad de reconocer que las virtudes cristianas no son sólo ideales hermosos. No son bonitos ideales para ser admirados desde lejos o cumplidos sólo por aquellos cuyo temperamento se adapta a esos lirismos. Esos principios de vida formulados por el egregio Maestro en el arte de vivir, son leyes como cualesquiera que podría descubrir la ciencia para conservar la salud, y que, al ser quebrantadas, tienen su sanción así como la tienen las leyes físicas.

Existe, pues, en nuestro medio un poder que tiende a la realización del mayor bien fortaleciendo los vínculos de la humana solidaridad... realizando una integración de las voluntades atómicas del mundo. No es poder nuestro, pues no nos place su manera de obrar; lo resistimos y, con frecuencia, creemos que sería para nuestra ventaja contrarrestarlo. Pero nuestra real ventaja está en aliarnos con él, en aceptar las condiciones que nos impone. Si rechazamos esas condiciones, sobreviene el caos.

Lo que nos pasa es que hemos olvidado el

arte de vivir, nos hemos rebelado contra las leyes morales fundamentales de nuestra vida, contra esa voluntad superior que rige el destino de la vida, contra esa inteligencia superior de la cual la nuestra es un débil reflejo. El químico no se vuelve contra las leyes que gobiernan los átomos y las moléculas. Alcanza óptimos resultados en la medida en que logra cooperar con las leyes que rigen en el laboratorio. Ningún matemático jamás soñaría con lograr resultados satisfactorios violando las leyes matemáticas. Ningún músico ha podido desafiar satisfactoriamente las leyes de la armonía. Ningún médico ha podido obrar una cura yendo en contra de las leyes biológicas que gobiernan el cuerpo humano. La medicina moderna se esfuerza por cooperar con las fuerzas activas del cuerpo humano. La ciencia médica sólo trata de restaurar las condiciones normales y en esas condiciones el cuerpo efectúa su propia cura.

Las leyes morales del universo son tan inflexibles y fijas como las de la química, de la matemática, de la música o de la fisiología. Rebelarse contra ellas es ir derecho al desastre. La vida tiene un carácter moral. Sólo vive feliz aquel que descubre las leyes que rigen el carácter moral de la existencia y que luego se dedica a cooperar de todo corazón con ellas.

Reiteramos, pues, nuestra fe en que la vida

tiene un sentido moral. Las enseñanzas de la historia nos dan una base científica para creer que, así como las fuerzas de la naturaleza pelean en favor de la semilla que cae en tierra y muere, para que germine, crezca y dé su fruto, así también las fuerzas espirituales y morales del universo están de parte del hombre que se pone al servicio de Dios y de su prójimo.

La fe en que finalmente triunfará el derecho en la sociedad humana está fortalecida por el recuerdo de que hace dos mil años un puñado de hombres en la Palestina, se atrevió a creer que sería posible formar un mundo mejor en que predominasen la verdad, el amor y la justicia. Triunfaron en su atrevida empresa. Ni el poder del Imperio Romano ni la persecución a que fueron sometidos por las religiones dominantes, pudieron detenerles. El universo peleaba por ellos, o, como lo hubiera expresado la antigua poetisa del Libro de los Jueces, "las estrellas en sus órbitas peleaban contra sus enemigos". Tenían, pues, que triunfar. Humanamente hablando no parecía existir ni la más remota posibilidad de que triunfaran esos primitivos cultores del ideal cristiano. Cuando el Maestro e inspirador de ellos fué crucificado, pareció esa tragedia ser el golpe de gracia que destruía para siempre esas bellas ilusiones. Sin embargo, durante mil

novecientos años la influencia de ese grupo de hombres ha sido decisiva en favor del establecimiento de la verdad, la justicia y el amor en las relaciones humanas. Cabe pensar que esas mismas fuerzas superiores que colaboraron con ellos vendrán en nuestro auxilio para ayudarnos en nuestra moderna y difícil tarea, si sólo nos caracteriza la fe y la dedicación que ellos tuvieron.

Uno de los personajes en *El Hombre Nuevo* de Ricardo León, viendo en la derrota de un amigo artista la imagen de su propia desventura, exclama:

"Yo también quise edificar en el barro y en el barro me hundí... Yo también tuve la trágica aspiración de infundir mi espíritu en la materia, sin comprender entonces que así lo encadenaba a la muerte... Busqué el camino, la verdad y la vida en las criaturas mortales, en el angosto mundo de la razón, y sólo hallé el vacío, el misterio, la soledad y las tinieblas. Yo, como tú, despedacé mis entrañas para engendrar y parir ídolos de arcilla; puse mis ansias de perfección y claridad en las cosas visibles y tangibles. Como tú en el arte, yo creía en la Ciencia como se cree en Dios. Pero el arte y la ciencia de los hombres son vanidad de vanidades, ilusión de ilusiones, trabajo y angustia, limitación y oscuridad. Ni la Ciencia, ni el Arte, ni cosa alguna de este

mundo basta para alumbrar la fuente de la Vida, para darle un sentido y un valor, para aplacar la sed de la belleza, el hambre de la verdad y el bien, que sólo se satisfacen con lo Infinito...

"Todos tenemos en nuestras manos la desgracia o la felicidad... Todos tenemos también el don de elegir, pues nacimos libres para escoger el bien o el mal... Muchas son las tinieblas de este mundo, pero hay una luz que nunca se apaga en el corazón... Aprende a ver las cosas a esa luz y verás cómo se esclarecen. Mas para verlas no es menester abrir los ojos, sino cerrarlos y mirar hacia dentro... ¡Ahí está, ahí está el misterioso taller donde el barro, que es muerte, se hace vida, y se levanta y arde con la hermosura y claridad del espíritu!"

III

¿QUE ES LA RELIGION?

Cuando Schleiermacher se disponía a hacer un estudio del fenómeno de la religión, empezó diciendo: "La religión tal como yo quisiera exhibírosla, en su forma característica y original, no acostumbra mostrarse abiertamente; puede ser vista sólo en secreto por aquellos que la aman".

Es imposible definir satisfactoriamente la religión; rompe las cadenas del lenguaje con que quisiéramos aprisionarla y escapa a las fórmulas y definiciones. Es a la vez un misterio y una locura; nadie puede anticipar lo que hará luego, sino que hará lo imposible y hablará de ello en parábolas. Un día nos da un militarista como Cromwell, al otro un pacifista como Tolstoi o Gandhi. Impulsa a un Fra Angélico hacia el arte y vuelve a los Puritanos en contra de la estética. En cierto siglo

crea el drama, en otro lo prohibe. Organiza una pomposa procesión católica y lanza a la calle en pintoresco desfile, con tambores, cornetas y estandartes a un grupo de oficiales del Ejército de Salvación. Transfigura la fría y tosca piedra en la inmortal gloria de una catedral gótica y abre las puertas de un austero salón protestante. Manda a Pedro el ermitaño a capitanear un ejército de fieles a través de un continente a pelear por una tumba vacía, e inspira a un San Francisco a besar a un leproso y predicar a los gorriones. Construye una formidable teología y evoca en el alma de artistas inmortales "te deums". Por más consevadora que ha sido la religión, sin embargo, ha inspirado las más atrevidas y gloriosas aventuras del espíritu humano.

El hombre no ha podido evitar la necesidad de explicar y definir este extraordinario fenómeno que persiste y lo acompaña en todas las etapas de su evolución. "Dios y el hombre — ha dicho un pensador francés — son dos seres parecidos que se han perdido y que se buscan mutuamente". Bernard Shaw dice que la religión es aquello que une a los hombres y la irreligión lo que los separa. El profesor Alfredo N. Whitehead, de la Universidad de Harvard, y uno de los más destacados filósofos de la actualidad, dice que la religión es aquello que el hombre hace con su soledad. El escritor

Salomón Reinach define la religión como "el conjunto de escrúpulos que impide el libre ejercicio de nuestras facultades", y desde Rusia nos dirían que "la religión es el opio del pueblo". Un pensador ha dicho que es la búsqueda cooperativa de una vida completamente satisfactoria". "Por religión — dice otro — se entiende la vida humana en sus relaciones sobrehumanas; esto es, en sus relaciones con el poder de quien el hombre se siente depender, la autoridad ante la cual se juzga responsable, y el ser invisible con quien es capaz de comunicarse. Tres actitudes van unidas en el ideal religioso: dependencia, responsabilidad y comunión". Finalmente, una definición que nos daría mucho que pensar es la siguiente: "La religión es la experiencia íntima de afinidad con la realidad última del universo y el descubrimiento de que pertenecemos a un mundo de profundo significado espiritual; es la participación de un poder que redime y crea y de una vida que va en constante desarrollo".

No ignoro cuanta resistencia provoca entre nosotros la sola idea de religión. Se toma a ésta como símbolo de superstición o atraso mental. Quienes tal hacen no ven la religión sino a través de alguna forma inaceptable de culto o de un conjunto de dogmas incompatibles con la razón. Sin embargo, considerada

la religión en su principio y esencia, no es otra cosa que una actitud trascendente asumida por el hombre ante el universo, ante la vida y ante sí mismo, actitud de la cual hace derivar normas de conducta.

Para comprender mejor lo que es la religión, hay que recordar lo que no es. En primer lugar, la religión no es sinónimo de teología, como la fisiología no es sinónimo de vida. La teología y los credos son la formulación o expresión ordenada de la experiencia religiosa. La experiencia misma debe anteceder y es siempre más importante que su análisis y codificación. La religión no debe confundirse con los ritos y las ceremonias. Estos podrían cumplirse mecánica y rutinariamente y carecer así de fondo religioso. Si arreglásemos en orden métrico las palabras que sacásemos del diccionario, no tendríamos una poesía. Sobre todo, no hay que olvidar que las expresiones fundamentales de la religión serán las que manifieste el hombre en su vida diaria, como ser, la bondad, la solidaridad, el altruísmo, la abnegación y el amor, las que sólo viviendo puede el hombre mostrar.

Además, la religión nunca puede imponerse a otros por la fuerza física, ni tampoco con la fuerza de los argumentos. El método de la violencia es tan irracional en la región del espíritu como lo sería en el mundo físico si tra-

tásemos de sanar a un enfermo con palos. En ninguna esfera están la fuerza y la compulsión más absolutamente fuera de lugar, que en lo espiritual. Si Dios y el hombre han de conocerse mutua y verdaderamente, es necesario que sean en todo momento completamente libres.

No podemos dar la religión a otros, y mucho menos podemos heredarla de nuestros mayores. Lo único que podemos hacer es vivirla, mostrarla, interpretarla, con la esperanza de que otros sientan el dulce hechizo de su belleza y se contagien de su poder. Por eso es que en el cristianismo se habla mucho de religión personal.

La verdadera religión nunca necesita ser defendida, como tampoco necesita ser defendida la ciencia. ¿Por qué? Porque la ciencia nos defiende a nosotros; nos salva de la necesidad de cruzar la cordillera a lomo de mula o de tejer a mano el paño que nos ha de abrigar del frío. Los artistas no se ocupan de defender la belleza de la naturaleza; la descubren y luego la revelan. La religión que dignifica y salva al hombre, nunca necesitará que éste la salve o la proteja.

Esta experiencia religiosa vital e íntima tiene dos aspectos: uno activo y otro pasivo.

El aspecto activo responde al hecho de que la vida nos enfrenta no sólo con aquellas cosas

que se entregan a nosotros para servirnos, sino también con aquéllas a las cuales debemos entregarnos nosotros. Hay muchos elementos en la vida que son nuestros esclavos. Les colocamos los arreos, y les obligamos a servirnos.

En este siglo de ciencia, cuando hemos adquirido tanta maestría sobre las fuerzas de la naturaleza, nos inclinamos a creer que la mayor gloria de la vida está en la dominación que ejercemos sobre la vida material que nos rodea. Pero, en realidad de verdad, los momentos más trascendentales que vive el hombre son aquellos en que ha caído bajo la dominación de algo superior a él mismo y ha sido subyugado y transfigurado. Gran parte de la atracción del automóvil estriba en la impresión de poderío que experimenta el hombre cuando ha aprendido a obligar a un poderoso mecanismo a responder instantáneamente a su voluntad. Pero si grande fué el día en que tuvimos la satisfacción de sentirnos dueños y amos de un poderoso motor, mucho más significativo fué aquel inolvidable momento cuando escuchamos por vez primera la quinta sinfonía de Beethoven y nos sentimos arrebatados por algo más grande y poderoso que nosotros, algo que nos sacó fuera de nosotros mismos y ante lo cual tuvimos que rendirnos, entregándole todo nuestro ser.

Por consiguiente, cuando uno haya encon-

trado algún bien, alguna verdad, algo bello ante lo cual siente, no tanto que eso le pertenece, sino que más bien él le pertenece, que él se debe a aquello que ha tenido el poder de impulsarlo a superarse a sí mismo, entonces ese hombre, que haya pasado por esta experiencia, habrá tenido una auténtica experiencia religiosa.

Bien ha dicho el famoso teólogo alemán, Albrecht Ritschl: "En toda religión lo que se busca, con la ayuda del poder sobrehumano que el hombre venera, es la solución de la contradicción en que se encuentra el hombre cuando descubre que pertenece a dos mundos: el de la materia y el del espíritu; y, consciente de su personalidad espiritual, reclama para sí el poder necesario para que el espíritu se sobreponga a lo material". Según esta declaración, pues, la religión es parte integrante de la adaptación experimental a la realidad, que el hombre hace con el fin de conservar y enriquecer sus valores. Tiene el sentimiento religioso dos raíces: primero, la percepción de la dependencia y correspondencia con una misteriosa realidad superior; y segundo, la búsqueda de valores humanos. Al crear pues valores humanos, ya que en eso consiste la civilización, el hombre no puede menos que preguntarse: ¿qué relación hay entre los dos? ¿Qué valor da esa fuerza misteriosa de la cual

depende, a los valores que nosotros apreciamos? El problema importante en la vida es saber si las cosas que más apreciamos están a merced de aquéllas que menos apreciamos; si en la vida, en la naturaleza de las cosas o ante el cosmos, tanto vale un malvado como un santo, un malhechor como un gran servidor de la humanidad. ¿Qué quiso decir aquel presidente del Ecuador cuando, al caer bajo el puñal de un asesino, exclamó: "Me habéis muerto a mí, pero Dios no muere"? ¿Hay algo en el universo que respalda nuestros valores, y para quien o para el cual la justicia también es justicia y el amor es también amor? El bien ¿es bien tan sólo porque yo lo diga? o ¿hubo algo en el universo que hizo que el bien fuese el bien millones de siglos antes de yo nacer? El artista no inventa la belleza; la descubre; ella estaba en el universo antes de que él sintiera la necesidad de buscarla y expresarla. Existe lo absoluto en la estética; ahí están, en el arco iris, los colores básicos con que trabaja el artista. Para el hombre bueno que se sacrifica por su ideal, ¿no existirá también alguna norma superior de bondad, alguna estrella polar que le sirva de norma para el desarrollo de su vida moral y espiritual?

Miles de años ha un inspirado cantor, algunos fragmentos de cuyos versos han sido conservados en el libro de los Salmos, en la Biblia,

hizo una declaración que expresa admirablemente la fe del hombre religioso: "Para siempre, oh Jehová — dijo — permanece tu palabra en los cielos... en los mismos cielos apoyarás tu verdad" (Salmos 89 y 119). Algunas cosas están ya determinadas y resueltas. Hay verdades y principios que podemos calificar de últimos. Están, como dice el salmista, apoyados en los mismos cielos. Así como en escultura algunas cosas han sido hechas para siempre, — nadie espera superar la gloria del Partenón, ni mejorar la arquitectura gótica de las incomparables y sin iguales catedrales del siglo trece, — así como el binomio de Newton está establecido para siempre, también en la vida moral y espiritual del hombre hay algunas cosas que nos atrevemos a considerar finales y definitivas. Constituyen el tesoro espiritual permanente de la raza humana. Los diez mandamientos podrán ser ampliados, pero nunca amputados. El Salmo 23; la noble definición de religión en Miqueas: "¿qué pide de ti Jehová? solamente hacer justicia, y amar la misericordia, y humillarte para andar con tu Dios"; el sexto capítulo de Isaías; el himno al amor que intercala Pablo de Tarso en su epístola a los Corintios, y muchas otras altas expresiones de idealismo espiritual, representan todas ellas una norma permanente de verdad religiosa que el hombre ha ido descubriendo

a lo largo del camino milenario de su evolución.

Cuando el hombre se lanza a la gran aventura de adaptar estos principios que él cree eternos, al mundo de rascacielos, ametralladoras y bolsas de comercio en que vive, o acomete la empresa de explorar su propio corazón o el universo que le rodea en busca de lo absoluto en el arte de vivir, en ese mismo instante penetra en el área de la religión.

Acabamos de describir lo que podríamos llamar "religión cósmica", es decir, religión que va más allá del hombre. Existe también el humanismo, o sea la religión que se detiene con el hombre; no cree necesario ni posible buscar las bases de la fe religiosa en "los cielos". Asigna mucha importancia al hombre y no le interesa la relación metafísica que pudiera existir entre él y el universo en que vive. Y algo muy bello y sentimental llega a ser para algunos este culto del hombre, por el hombre y para el hombre. Pero la dificultad consiste en que, después de que se me haya dicho que soy una parte importante de la sociedad, una pieza muy necesaria en la gran máquina de la vida, se me ocurren algunas molestas preguntas: ¿cuál es la naturaleza de esa sociedad de la cual formo parte? ¿adónde va o qué fin tiene la magna máquina de la cual soy yo una pieza? Y dejad que alguna

vez empiece yo a sospechar que la máquina misma, de la cual soy un diente de rueda u otra pequeña pieza, no sirve a ningún fin útil, que no tiene ningún propósito serio y que nunca llegará a ningún determinado destino, e inmediatamente mi energía moral empezará a desfallecer. Si el todo no tiene ningún sentido, ¿cómo podría tenerlo la parte?

La filosofía meramente humanista o materialista jamás ha podido responder satisfactoriamente a esas grandes preguntas, esas preguntas últimas: ¿qué sentido tiene la vida? ¿para qué es y adónde nos lleva? Ni tampoco ha podido dar una razón satisfactoria al escéptico que ha preguntado: "¿Por qué he de trabajar en bien de la sociedad? ¿por qué he de ser altruísta? ¿por qué he de sacrificarme para perpetuar la raza humana?" El hombre de espíritu religioso contesta: "porque somos parte de una empresa o proceso cósmico, y aunque no podamos comprender con toda la claridad que quisiéramos este movimiento cósmico, estamos persuadidos de que es de suprema importancia poner nuestra vida en armonía con él o, como diríamos, con la voluntad de Dios; y basta esa convicción para justificar la vida de altruísmo, de idealismo y de sacrificio".

No reprochemos al hombre su irritante costumbre de hacer preguntas. La curiosidad in-

saciable de la mente humana, la inquietud del espíritu humano que tanta zozobra y dolor han causado al hombre, han sido, sin embargo, la dinámica que le ha impulsado por el camino del progreso, la fuente de donde han surgido sus mejores valores. Vida sin preguntas es vida que vegeta; la vida de anhelos, de búsqueda, de aspiración, es vida que marcha hacia lo eterno, vida de conquista, vida que perpetuamente se va renovando.

El resorte íntimo que siempre ha impulsado al hombre hacia la filosofía y la religión es el ansia de una vida armoniosa, el anhelo de un concepto coherente del sentido de la vida y la naturaleza de las cosas. El hombre normal tiene sed de comunión con la realidad espiritual del universo; nace con hambre metafísica. Al decir de Hegel, el hombre es el animal metafísico. Se ve obligado a relacionarse con alguna suerte de realidad más allá, o que está más allá de sí mismo, o perece. Buena parte del cinismo, de la desilusión y del pesimismo que caracteriza mucha de la literatura de nuestro día, especialmente aquélla que es obra de nuestros escritores más jóvenes, no es sino la protesta de almas hambrientas que sufren por falta de nutrición espiritual, protesta en contra de la aparente vacuidad y trivialidad de la vida social de nuestra época y su carencia de unidad y fin espirituales. Para

que no desfallezca el hombre en sus esfuerzos por crear una humanidad mejor, necesita creer en la validez del esfuerzo desinteresado en bien de otros, en que vale la pena el esfuerzo que hace y en los fines para lograr los cuales derrocha sus fuerzas.

En este concepto de religión, tal como la definimos, no faltará el sentido de lo sagrado. Aun la mente más carnal e insensible habrá en alguna ocasión dado pruebas de su cualidad humana percibiendo la presencia en la vida de algo sagrado que no debería profanarse. Aquellos rasgos de la historia, por los cuales la raza humana tiene mayores razones de sentirse orgullosa, brotan precisamente de este sentido de lo sagrado. La verdad para el sabio es sagrada; violarla es un pecado imperdonable. La belleza para el artista es sagrada; profanarla es una blasfemia. Los derechos de la personalidad humana son sagrados para el hombre de intuición moral; explotar esos derechos con fines de lucro es un sacrilegio. Estos elementos sagrados de la vida son aquéllos acerca de los cuales, como venimos diciendo, sentimos, no que nos pertenecen, sino que nosotros pertenecemos a ellos. No son ellos nuestros servidores, sino nosotros los de ellos. Reclaman de nosotros nuestra más absoluta lealtad y, al rendirles pleito-homenaje, descubrimos el verdadero sentido de la vida.

No faltará, además, en el verdadero espíritu religioso, la actitud de veneración o adoración. Vivimos verdaderamente no en virtud de aquello que es inferior o que está debajo de nosotros, sino en virtud de aquello que está por encima de nosotros. La capacidad que tenemos para apreciar, admirar o venerar algo superior y fuera de nosotros, proporciona una más fina cualidad a la vida. Espiritualmente somos libres, no por medio de aquellas cosas que sujetamos a nuestra voluntad, sino por aquéllas que respetamos y adoramos. La dominación de las fuerzas de la naturaleza que la ciencia nos proporciona, nunca puede solucionar el problema humano en sus aspectos más profundos. No es lo que nosotros dominamos, sino aquello que ejerce su autoridad espiritual sobre nosotros lo que determina nuestro destino. Las cosas que dominamos y utilizamos porque están próximas y a nuestros pies, tienen menos influencia sobre nosotros que aquellas que se enseñorean de nosotros y que, para admirarlas y adorarlas, debemos mirar hacia arriba.

La religión que eleva e inspira tendrá así otro aspecto fundamental: la receptividad. El hombre recibe algo de la religión. Una experiencia genuinamente religiosa produce en el hombre un sentimiento de bienestar espiritual que se traduce en paz y en poder. La ver-

dadera religión es una fuerza creadora. Por medio de ella el hombre se prepara para la vida [redacted], y no sólo para la muerte. Hoy abundan los preceptos morales y los sabios consejos. Son los postes indicadores en el camino de la vida que nos señalan la dirección en que debemos ir. Pero ¿quién nos podrá dar fuerzas para marchar por el camino del deber?... ¡ese camino tan estrecho y escabroso! La religión, cuando es en realidad de espíritu y de verdad, es la fuerza dinámica que nos propulsa a lo largo de la senda que se nos ha señalado. Una experiencia religiosa que nos subyuga, que despierta en nosotros un sentimiento de responsabilidad, que nos revela lo mucho que hay en la vida que no debe ser violado o profanado, nos dota a la vez, de aquello que la humanidad anhela más que toda otra cosa: un sentimiento de bienestar, salud de espíritu y poder moral para vivir a la altura de nuestro ideal.

He visto, en una poderosa usina eléctrica, a un solo hombre mover una palanca que controlaba una corriente eléctrica de medio millón de caballos de fuerza. ¡Un hombre que sin ningún esfuerzo, manejaba medio millón de caballos de fuerza! Y he visto a un hombre derribado por un solo caballo. La generación de fuerza interior es lo esencial en la religión cuando ésta es espiritual. Sustituye al miedo

con un sentimiento de confianza; despierta la confianza y la seguridad en aquéllos que se creían al borde de un precipicio. Moviliza todas las fuerzas de la personalidad y la hace irradiar tranquilidad, ecuanimidad, cordialidad, esperanza y vitalidad.

Pero cuando la religión no es espiritual, genera fuerzas peligrosas. En toda religión hay "ideas" o "ideales". Toda religión tiene su base filosófica. Y la característica de la religión en que podéis siempre confiar es que conduce a la acción. Es dinámica. Si ha de producir acción provechosa o dañina, dependerá de las ideas o los ideales que se encuentren en ella. La religión tiende a generar fuerza y acción, y en ese hecho descansa su capacidad para el bien y para el mal. No basta profesar una fe religiosa: mucho depende de las ideas, las creencias y las convicciones que aniden en esa fe. La religión ha motivado, en diversas ocasiones, persecuciones, matanzas de brujas y herejes, guerras que eran contrarias a los más altos intereses de los hombres, así como ha inspirado el cuidado solícito de los niños, y los desvalidos, la defensa de la mujer y la lucha en favor de la justicia social.

Si en la religión que profesamos, Dios es tenido como un poder supremo y arbitrario, entonces la iglesia tenderá a convertirse en un obstáculo para el libre desarrollo de la vida

creadora y democrática; si a Dios se le cree sólo un juez, celoso de que nadie viole ciertas ordenanzas que él arbitrariamente ha establecido y se le imagina llevando un libro de contabilidad en que hace el balance entre nuestras buenas y malas acciones, la religión será para nosotros una fuerza mezquina fomentando una actitud de espíritu estrecha, cruel e intolerante. Si se cree que Dios es amor, pero un amor sentimental y complaciente, entonces nuestra religión será una fuerza soporífica para adormecer nuestra conciencia, sumiéndola en un egoísmo indolente y en una falsa seguridad. "Tal como piensa el hombre en su corazón, así es él", diçe aquel sabio observador de la vida en el libro de Proverbios. Pablo de Tarso es el ejemplo clásico de un hombre, profundamente religioso, que una vez fué impulsado por su religión a perseguir y maltratar cruelmente a los que no creían como él, y otra vez inspirado a demostrar en su vida una fuerza de buena voluntad y de amor tan extraordinarios hacia su prójimo que no creía que ningún sufrimiento fuese demasiado excesivo para soportarlo en aras de su ideal. El cambio de dirección de esa vida recia y dinámica se debió a una modificación fundamental en sus ideas acerca del sentido de la vida y, sobre todo, a una transformación radical en sus ideas de Dios.

La única garantía de que los resultados de la religión han de ser benéficos, descansa en la "clase" de religión que se profesa y la cualidad de una religión está determinada por las ideas que constituyen su armazón.

La cualidad moral de las ideas se descubre cuando se experimenta con ellas. Unos años ha, el mundo experimentaba con ideas que casi aniquilaron nuestra civilización y arruinaron al mundo. La última gran guerra fué fruto de las ideas erróneas de los hombres. De esto podemos estar seguros: que al experimentar con las ideas de Jesús, no hemos de dañar a ningún valor que merezca conservarse. No es posible aplicar la menor de ellas en el terreno de nuestra propia vida o en la órbita más grande de las relaciones sociales, sin contribuir a crear un poco más de verdad, de hermosura y de bondad, sin contribuir a aumentar ese capital espiritual del cual vive nuestra raza.

La única religión que podría cautivar al hombre moderno es aquélla en que encontrase un elemento de peligro, de gloriosa y osada aventura. El programa de Jesús es un arriesgado experimento en el arte de vivir y no una dócil aceptación de fórmulas intelectuales o tradicionales. Un experimento es peligroso en el sentido de que puede fracasar. En cambio,

existe también la misma posibilidad de que produzca buenos resultados.

Finsen muere quemado por los rayos con que experimentaba. Pasteur vive modesta y arriesgadamente, dándose sin medida y con mística abnegación a los peligrosos experimentos de su laboratorio. No sé qué credo religioso habrán profesado estos servidores de la ciencia y de la humanidad. Pero cualquiera que haya sido, éstos que ejemplificaron tan noblemente la vida que se vive en bien de otros, eran hombres que vivían, consciente o inconscientemente, una vida de carácter profundamente religioso.

Nietzsche exhortó a la juventud de su día a "vivir peligrosamente". A la misma vida llena de romanticismo y aventura invitó Jesús a los que le seguían, diciéndoles: "Si alguno quiere ser mi discípulo, tome su cruz y sígame". Este no es un llamamiento al ascetismo, sino a una vida llena de riesgo y aventura. En aquellos días la crucifixión era el método normal para ejecutar a los que debían sufrir la pena capital, y ésta se aplicaba con suma frecuencia y por ofensas comparativamente triviales. Era muy común, pues, el espectáculo de un reo cargando con su cruz y caminando penosamente hacia el lugar de la ejecución. El equivalente, en idioma moderno, de esta célebre frase de Jesús sería: "Si pensáis ser mis dis-

cípulos, recordad que eso significa vivir con la soga al cuello. Discípulo de Cristo puede serlo tan sólo aquel que tiene el coraje de arar en tierra virgen, de abrir nuevos caminos; tiene que tener el valor de diferir de los demás y morir, si es necesario, como consecuencia de esa diferencia. Se ha embarcado en una arriesgada aventura y se ve obligado, por consiguiente, a vivir peligrosamente. ¿Será verdad lo que dice el célebre escritor inglés Wells? "El Galileo — dice — ha resultado ser demasiado grande para nuestros pequeños corazones". ¿Será capaz el hombre moderno de recoger el desafío que el Maestro de Galilea dirige a todas las generaciones?

Pero ¿qué dirección hemos de dar a nuestra vida para "vivir peligrosamente"? El criminal y el ladrón viven peligrosamente. Jesús nos ayuda a contestar esa pregunta. La aventura a la cual él nos llama, es la de sentir hambre y sed de justicia, — justicia social y justicia individual. Nos llama a la inspiradora aventura de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos; de devolver el bien por el mal y de vencer al mal con el bien; de llevar los unos las cargas de los otros, de hacer con otros todo cuanto quisiéramos que ellos hiciesen con nosotros; de llegar a la verdadera grandeza por vía de la vida de servicio a nuestro prójimo. El generoso y grande lema de la antigua

caballería: *noblesse oblige,* la nobleza obliga, bajo la inspiración del Divino Maestro, se encarnará en el espíritu de los privilegiados de la fortuna y de la cultura, y se formará así un mundo mejor, una humanidad superior.

Poder, piden los hombres; poder para vivir en un mundo donde no es fácil vivir, eso es lo que la humanidad ha anhelado siempre. Los hombres no buscan solamente una filosofía o un credo, sino algo que les ponga, como lo expresa cierto autor, "una fuerte inoculación de coraje y firmeza en la espina dorsal de su moralidad". Es pues, significativa la declaración del autor del cuarto evangelio que dice: "Jesús vino a los suyos, pero los suyos no quisieron recibirle; mas a todos los que le recibieron dióles potestad de ser hechos hijos de Dios".

Lo que preocupa al observador de nuestro día es el afán con que la humanidad, en sus ansias de poder moral, en sus deseos de vida espiritual abundante, recurre en nombre de la religión a las más burdas prácticas mágicas y a la profesión de creencias tan supersticiosas que recuerdan los días más obscuros de la Edad Media.

La religión no es magia; tampoco es algo académico, abstracto hipotético o fantástico, sino algo muy real y práctico. La religión verdadera revela su presencia a través de la vida

diaria. La experiencia religiosa debe poder verificarse en la conducta humana. ¿Quiere el hombre entregar su ser a Dios? Hay una sola manera de realizar esa sublime *liaison*, y es entregándonos, con amor y espíritu servicial a nuestros semejantes, hechos a la imagen y semejanza de El. Es como si Dios nos dijera: "Responde a mi llamado por medio de ellos; entrégate a mí, sirviéndoles a ellos; haz manifiesta tu actitud hacia mí, por tu actitud para con ellos". O como dijera el autor del cuarto evangelio: "Tenemos este mandamiento de El: que el que ama a Dios, ame también a su hermano... Si alguno dice: yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Porque el que no ama a su hermano al cual ha visto, ¿cómo puede amar a Dios, a quien no ha visto?"

Dos hermosas leyendas ilustran bien esta verdad de transcendental importancia. Un monje en cierto monasterio, era hombre muy piadoso, muy servicial y de mucha oración. Durante años había pedido de Dios le concediera una visión personal de Jesús, su amado Salvador y Maestro. Una mañana estaba en su celda, orando, cuando aparece en el fondo de su pequeña, humilde habitación, la Figura tan deseada, la visión de su adorado Señor, — pero en el mismo instante en que comenzó a darse cuenta de la gloriosa visión, empezó a

sonar la campaña del monasterio, llamando al hermano que repartía las limosnas a los pobres esa semana, a acudir a la ventanilla para atender a la muchedumbre que esperaba con ansiedad esa ayuda, — y el monje de las limosnas para esa semana era él. Un gran conflicto comenzó en seguida en su alma. ¿Qué haría? ¿Dejaría la amada Visión — que durante tantos años había suplicado y esperado, para atender a un puñado de pobres mendigos? Luego su amor para con los pobres, su convicción del deber y su obediencia a la disciplina, hicieron que se levantara del suelo, y lenta y delicadamente, con gran pesar, saliera de su celda, y fuera a distribuir las dádivas a los pobres. Terminada la tarea, regresó con pasos temblorosos, preguntándose si la Visión aun estaría allí. Al abrir la puerta, ve con gozo inefable que la Visión de su Maestro le esperaba; y al tratar de disculparse y explicar la razón de su alejamiento, la Visión le respondió: *"Si tú no hubieras ido, yo no podría haberme quedado: Y en cuanto lo hiciste a uno de esos pequeñitos, mis hermanitos, a mí lo hiciste".*

Otra ilustración enternecedora es el relato de la experiencia de Aboú Ben Adhem, por Leigh Hunt. Ben Adhem despertó una noche — después de haber tenido un sueño que le dejó una impresión de profunda paz, — y vió

en medio de la luz de la luna que iluminaba su aposento, un ángel sentado, escribiendo en un libro de oro... La abundancia de paz en su alma, hizo que Ben Adhem tuviera valor, y preguntara al misterioso visitante en su aposento, "¿Qué escribes tú?" La visión levantó la cabeza, y con una mirada, toda dulzura, contestó: "Los nombres de los que aman al Señor". "¿Y está mi nombre entre ellos?", brotó la pregunta en labios de Aboú. "No, no está", respondió el ángel. Luego Aboú insinuó en voz más baja, pero siempre gozoso, "Te ruego, pues, que escribas mi nombre en tu libro, como el de uno que ama a sus semejantes". El ángel escribió, desapareciendo luego, y a la noche siguiente volvió al aposento de Aboú, envuelto en deslumbrante luz, y le mostró los nombres bendecidos por el amor de Dios; y ¡he aquí! ¡el nombre de Aboú Ben Adhem era el primero de todos!

¿Qué es la religión? Terminemos con esa profunda y tan sencilla definición que nos da Santiago en su epístola: "Religión pura y sin mácula delante de Dios y Padre es ésta: Visitar a las viudas y a los huérfanos en su tribulación, y guardarse sin mancha de este mundo".

IV

¿POR QUE CREEMOS?

REACCIONANDO contra lo que considera el "exceso" de fe de la generación pasada, la de nuestro día ha caído en una lamentable "falta" de fe. Y uno de los resultados de esta anemia de fe es la situación trágica en que nos encontramos hoy. No se puede vivir una vida máxima con una fe mínima. No nos extrañemos, pues, de que los hombres de nuestro día vean desmoronarse la estructura de su vida. Están abrumados por la lucha por la vida. Ya no tienen entusiasmo ni ambición para echarse a la calle a pelear por el pedazo de pan, o por la riqueza, o por lo que sea. El espíritu humano está sucumbiendo bajo el peso de los egoísmos y las miserias que la vida superficial de nuestro día se ha creado.

Lo curioso es que mientras las muchedumbres materialistas juran que la felicidad es

producto del dinero, hombres que tienen millones de pesos se matan, locos de melancolía.

Es que la humanidad necesita urgentemente algo que la saque fuera de sí misma. Necesita una gran aspiración, alguna atrevida y quijotesca empresa; tiene sed de heroísmo, sed de eternidad. Hemos sido hechos para las estrellas, y queremos satisfacernos con pan. Tenemos un hueco en el alma que sólo el cielo puede llenar.

Es extraño: la nuestra es una generación que no admite inhibiciones de ninguna clase, y, sin embargo, ponemos inhibición férrea a la más excelsa facultad que poseemos; pasamos por alto o suprimimos la característica suprema del hombre: la capacidad para espiritualizarse, la facultad para tener en su espíritu provechoso comercio e intercambio con la Divinidad que rige nuestros destinos. Lo que necesitamos no es fe en un número mayor de cosas, sino más fe en algunas pocas pero profundas cosas que nos harán más hombres, y de las cuales los hombres en todas las épocas han derivado esperanza y fortaleza interiores.

¿Por qué creemos algo? Tiene que ser porque hay en nosotros una necesidad que requiere la fe y la engendra, de otro modo los hombres no osarían hacer las valientes afirmaciones que les oímos hacer sobre el valor y el significado de la vida.

¿Por qué creemos? ¿Será porque nuestros padres creyeron? En parte, quizá; y no es del todo mala esa razón, porque es siempre una pérdida irreparable romper el vínculo místico que nos une a la herencia que el pasado nos lega. Nuestros más finos recuerdos, dijo la novelista inglesa George Eliot, constituyen nuestras más inspiradoras esperanzas.

Pero ¿por qué fueron creyentes nuestros mayores? ¿Fué porque lo comprendían todo? En manera alguna. En realidad de verdad, comprendemos muy poco acerca de este universo. La materia es un misterio, y la naturaleza de la gravitación y la cohesión es un libro cerrado. Muchas cosas son inescrutables, y aún increíbles; sin embargo son verdaderas, y si son verdaderas no son absurdas. Evidentemente no era la comprensión, sino la experiencia de las cosas la que labró en el alma de nuestros padres la fe heroica que les caracterizó.

Tampoco hemos de creer porque tengamos pruebas de las verdades a las cuales damos nuestra fe. ¡Pruebas! ¡Pruebas! Désenos pruebas, exclama nuestra generación. Pero la fe no puede ser demostrada ni refutada con argumentos, porque en tal caso no sería fe. Si pudiésemos probar la existencia de Dios, como probamos un teorema geométrico, sería El sólo un teorema y no el Dios que necesitamos

y el que buscamos. No olvidemos además que una prueba es una compulsión; *probar* una cosa es dejar al hombre sin nada que decir; significa arrinconarle y obligarle a creer. Y en ninguna esfera está la fuerza y la compulsión más absolutamente fuera de lugar, que en lo espiritual. Si han de conocerse mutuamente y en verdad, Dios y el hombre deben ser completamente libres.

La psicología materialista nos está diciendo que la religión es un producto de la voluntad de creer; es el supremo ejemplo de cómo el hombre trata de consolarse con una ilusión. No ataca a la religión como peligrosa o anticuada, ni como ridícula a la fe en Dios. Los "explica". Y no hay mejor manera de acabar con una cosa que "explicarla". "La religión", dice esa escuela psicológica, "consuela, estimula; pero es sólo un aspecto psicológico de la vida del hombre; no tiene ninguna base real objetiva". El hombre, según sostiene esa escuela, descubre que la vida es atroz, que el universo es cruel, despiadado y completamente indiferente para con él. En esta situación intolerable el hombre crea en su imaginación un universo ilusorio; inventa un cielo y una divina providencia. Se asemeja a los marinos que se trepan al mástil de un buque que lentamente se está hundiendo. No miran hacia las aguas que van subiendo y que nada puede

detener; y en esa penosa situación esos desesperados hombres tratan de olvidar el horror de su situación volviendo la vista y mirando en otra dirección.

Reconocemos que para mucha gente la religión no es más que un "mecanismo de escape", un método de cerrar los ojos ante la realidad escueta de las cosas. Con ese mismo fin el hombre recurre al alcohol y a los alcaloides; quiere olvidar. El hombre mediocre, consciente de su inferioridad, trata de olvidarla haciéndose fanfarrón y jactancioso; otros huyen de la pobreza de su vida por medio de los vuelos de la imaginación, soñando con grandezas y construyendo castillos en el aire. La poesía y la música también nos arrebatan y nos colocan en un mundo más bello, más tolerable. Es muy humano querer dar las espaldas a lo que no nos agrada. Pero porque algunas personas la utilicen en esta forma, no queda completamente invalidada la religión. Porque algunos se sirvan del pensamiento y de la imaginación para eludir la realidad, no dejaremos de pensar y de crear obras maestras con nuestra imaginación.

¿Qué la religión es un opio que nos sume en un mundo imaginario? ¿Lo será para el Mahatma Gandhi, tratando de vencer el materialismo con lo que él llama "la fuerza de alma"? ¿Ha sido fácil e ilusoria la religión

que arrancó a Alberto Schweitzer de su cátedra en Alemania, de su magnífica carrera literaria y artística, para sumirlo en el Africa ecuatorial con su distinguida esposa, donde pasa sus días sanando y sirviendo a los salvajes de ese obscuro continente, o como él dice, "expiando los pecados que Europa ha cometido en Africa"? ¿Fué la religión un "mecanismo de escape" para Jesús, pendiente de una cruz y formulando con sus convulsionados labios una plegaria de perdón para sus verdugos? ¿Habrá sido la religión una engañadora, cuan dulce ilusión, para Pablo de Tarso, subiendo al patíbulo para ser decapitado; para San Francisco abrazando a su dama, "la señora pobreza"; para el Padre Damián sirviendo a los leprosos toda su vida en la Isla Molokai y muriendo luego del contagio de esa terrible enfermedad; para Juan Wesley, recorriendo 80.000 millas a caballo para predicar el evangelio al pueblo inglés; o para Jorge Whitefield, quebrantando su salud y hasta vomitando sangre en su intensa pasión por salvar las almas? No; esta cualidad que encontramos en los más perfectos exponentes del amor y de la vida servicial, no puede ser explicada por medio de una fórmula psicológica. Si en la religión los hombres creyesen lo que "quieren" creer, lo que les conviene creer, entonces esperaríamos encontrar en las religiones

históricas la glorificación del egoísmo en lugar de lo que, en realidad, hallamos: la más vigorosa negación de todo lo que tiende a alimentar el ego humano. Acertó Pascal cuando dijo: "Los hombres odian la religión porque temen que sea verdad".

Dios es descubierto con viva realidad en la moral y en la religión sólo cuando el hombre logra escapar de sí mismo. Ese es el único "escape" que admite la religión de Cristo. "El que perdiere su vida la hallará", dijo Jesús. "El que vive en amor, mora en Dios". El Otro, grande y sublime, que necesitamos para completar nuestra vida, no se revela, sino cuando el hombre se supera a sí mismo.

Es religioso el hombre porque necesita serlo. También se dedica a la ciencia porque tiene necesidad de ella. La ciencia no existe sólo como resultado de un pasatiempo o ejercicio intelectual. Lo que los sabios han descubierto era lo que la naturaleza del hombre imperativamente reclamaba. Tenemos libros porque hay algo en lo profundo de nuestro ser que siente ansias de lo que proporciona la página impresa. Existen escuelas porque satisfacen una necesidad humana. La religión no ha sido superpuesta arbitrariamente a la vida del hombre. No se avergüence, pues, el hombre de fe cuando se diga que cree porque necesita creer. La religión no es algo exótico o extraño

a la vida, ni tuvo que pedir carta de ciudadanía; es un elemento nativo e integrante de la naturaleza del hombre. Si se ha de abandonar la religión porque surge de una necesidad del hombre, entonces tendremos que sacrificar con ella a la ciencia, al hogar, a los libros y tantos otros valores necesarios para la vida.

Se le preguntó al filósofo William James, en cierta ocasión, por qué creía en Dios. ¿Era esa fe el resultado de la lógica, de los razonamientos? "No", contestó el filósofo. ¿Había descubierto a Dios con los sentimientos? Nuevamente contestó que no. "Creo en El — dijo — porque siento una necesidad apremiante de que haya Dios".

La bondad, el amor, la inteligencia, la sensibilidad estética, la sed de valores universales, no son cualidades residentes sólo en los hombres. Corresponden a una realidad fuera del hombre. Tienen su apoyo en el cosmos. Es obvio que la religión tiene que ser una ilusión en un universo donde los valores espirituales no son sino casuales, fortuitos o transitorios, en un universo en el que tanto da el amor y el sacrificio de una madre por sus hijos como la furia de una fiera que tritura los huesos de una de sus víctimas.

Pero cabe preguntar, ¿cómo es que en un universo ciego, indiferente para con nuestros valores y puramente material, han aparecido

seres espirituales que no pueden vivir sin valores espirituales? El proceso de la evolución ha convertido al hombre en un ser psíquico. No puede vivir sólo de pan; necesita la ciencia, el arte, la música, la amistad, la belleza, la fe, la esperanza, el amor. No se limita a las consideraciones de utilidad; podría satisfacer sus necesidades materiales con un techo y cuatro paredes; en cambio invierte siglos creando sinfonías de piedra con el granito de soberbias catedrales.

Un universo sin alimento sería paradójico, pues vengo al mundo con apetito y estómago. Un universo amoral es igualmente increíble, pues encuentro la ley moral, como dice Kant, escrita en mi corazón; tengo necesidades morales, hambre espiritual; descubro en mí lo que Emile Boutroux llama, "l'au-delá interieur". ¿No habrá nada en el universo que corresponda a esas necesidades más profundas de mi ser, a ese "más allá interior"?

¿Por qué creemos? Porque en el ateísmo y en la negación encontramos dificultades inmensamente más graves aun que en el teísmo. ¿Podéis imaginar las vibraciones del aire arreglándose fortuitamente para producir la Quinta Sinfonía de Beethoven? ¿No sería igualmente extraño que un sistema puramente mecánico y material produjera un ser que pide pan para su alma? Si más allá de los fe-

nómenos de la naturaleza no hay nada, entonces la existencia de todo lo que es bello y bueno resulta de la colocación accidental de átomos. El hombre podría creer que ésta es la realidad, pero sólo el necio podría agregar que se alegra de que así sea.

Las piedras, los árboles, la tierra y los electrones me revelan la naturaleza de este universo; me dicen lo que es. Pero el hombre, con sus poderes de reflexión, de aspiración y de creación, ¿no me revelará también algo acerca de la naturaleza del universo? ¿No será él también un reflejo de lo que es el universo, una revelación de cualidades inherentes en el cosmos?

"Pienso, luego existo", decía Descartes. Y yo me atrevo a afirmar: Existo, luego existe Dios. Soy una voluntad, luego Dios es una voluntad. Soy una inteligencia, luego Dios es inteligencia. Soy capaz de amar, luego puedo creer que Dios es amor. Soy una personalidad, luego Dios no puede ser menos que personal.

Cuando Moisés, según la interesante historia bíblica, se detiene en el Monte Horeb frente a la zarza que ardía sin consumirse, y siente sobre él el influjo de una mente que no era suya, impulsándolo contra su juicio e inclinación hacia la poderosa aventura de emancipación para el pueblo hebreo, tenemos un dato positivo que no puede ser explicado

como una ilusión impuesta por la autosugestión. No podemos concebir que se transforme radicalmente una vida ni que cambie bruscamente de dirección la corriente de la historia, como consecuencia de una ilusión. Recordemos que al acercarse el libertador de Israel al zarzal que ardía, oyó una voz que decía: "Quítate de los pies las sandalias, porque el suelo que pisas es sagrado". Nada descubre el que se acerca a los problemas del espíritu humano con actitud ligera o frívola. Nada resultará del examen, como no se haya quitado antes los zapatos.

Por estar convencidos de que nuestros valores son de carácter intrínseco y absoluto, nos sentimos obligados a atribuirles un significado cósmico. Si nuestros valores fuesen sólo relativos e hipotéticos, podríamos comprenderlos relacionándolos sólo con un orden social finito, pero como no son relativos, sino absolutos, nos vemos compelidos a relacionarlos con el infinito. Eso fué, precisamente, lo que sostenía Kant; porque el deber era un fin en sí, porque lo que era recto y bueno, lo era en todas las circunstancias concebibles, porque el imperativo de la conciencia no se presentaba tímidamente, sometiéndose a condiciones que nosotros quisiéramos imponerle, sino que era independiente, intransigente y absoluto, insistía en que, en esta experiencia

moral, estábamos en contacto con la estructura última de la Realidad. Lo que es justo, lo es aunque se desplomen los cielos. Y el hombre de fe cree que, porque lo que es justo, es justo, no se desplomarán los cielos. No hay en la vida nada acerca de lo cual puede estar tan seguro el hombre como de estos valores morales primarios, y de que vale la pena buscarlos, conocerlos y cumplirlos.

La incertidumbre y la perplejidad metafísicas nunca podrán hacer dudar al alma sincera que es de suprema importancia guardar sin mácula su honor, mantener elevado el pensamiento, fuerte y animoso el corazón y siempre dispuesto el espíritu para ayudar al prójimo. Para cumplir estos deberes no necesito esperar hasta que pueda construir una cosmología o una teología que me satisfagan. Cuando no sepa qué creer, hay siempre algo que debo hacer. Junto con la duda se me presenta siempre algún deber, próximo e inmediato, reclamando ser cumplido, y al cumplirlo, inevitablemente algún pequeño destello de luz irradiará sobre mi dificultad, y estaré más próximo que nunca de su solución.

Todo hombre de pensamiento sabe que lo que nos mueve en esta vida no es un sinnúmero de cosas que tratamos de creer, sino ciertas convicciones elementales que no podemos persuadirnos a negar, sin hacer renuncia de

una parte integrante y preciosa de nuestra personalidad. Es obvio que el hombre no necesitaría fe religiosa, y menos la inventaría, y mucho menos aún se entregaría al riesgo y a la aventura que implica esa fe, si el objeto de ella no existiera, ya que el hombre no creó las condiciones que evocan y que requieren fe. No habría nada que la despertara y la sostuviera. Manifiestamente, un hecho y una fuerza de tan vastas proporciones como la religión, forman parte de la realidad y sagrada profundidad de la vida, recibiendo su sanción y autoridad de la misma naturaleza y orden del universo, como también de la naturaleza y necesidades del hombre.

Primero la vida, luego la filosofía. La realidad de que trata la fe religiosa se relaciona con la vida misma, siendo una experiencia primaria, y, por consiguiente, caracterizada por la calidad de conocimiento inmediato e inefable que distingue todas las percepciones primarias. Es decir, hay en ella un elemento místico que la inteligencia humana nunca logra encerrar del todo en una fórmula o definición. Como dijo Goethe, la realidad última nunca puede ser expresada verbalmente; sólo puede vivirse. El cristianismo jamás fué, en primer término, un llamamiento a los hombres para que *creyesen* ciertas verdades, sino para que *amasen* ciertas realidades. No olvi-

demos: al tratar de encerrar la verdad en la red sutil de nuestra dialéctica, corremos el peligro de que su esencia escape a nuestro artificio de caza. Ante la verdad inefable, muchas veces, el silencio es oro y el espíritu que cae de hinojos y que adora, da pruebas de la más alta sabiduría.

Dios es incomprensible, y así lo entendió la Iglesia cristiana en cierta época, anatematizando al que osara decir lo contrario. Es incomprensible, pero aprehensible; podemos asirnos de El con ciertas facultades que, como dijera Pascal, la razón ignora pero el corazón conoce.

Nuestra fe en Dios involucra todo nuestro ser, y nace de sentimientos, anhelos, intuiciones y pensamientos que escapan a un completo análisis. Es la expresión más característica de la vida cuando ésta es sana, abundante y libre. La vida y el amor, el gozo y la tristeza, la compasión, el dolor y la muerte, la sangre que pulsa en el corazón de los hombres, la vida que fluye del pecho de una madre, la alegre risa de los niños, los días que vienen y se van, la deslumbrante hermosura y las tragedias que ciegan con lágrimas nuestros ojos, todas las viejas, dulces y dolorosas experiencias humanas que constituyen nuestra suerte mortal, — estas son la base de nuestra fe en Dios. Esta fe es anterior a todo argumento,

más honda que toda discusión, coexistente con el hogar y la familia, tan tierna como la infancia, tan madura como la vejez, tan profunda como el amor y la muerte.

Así ha sido siempre. Remontándonos a los tiempos más remotos de la historia humana, descubrimos que los hombres siempre han vivido y han muerto por la fe en Dios. Mucho antes de que naciera la filosofía, o la teología aprendiera el alfabeto, los hombres buscaban a Dios. Si tenemos oídos, oiremos salmos penitenciales que se elevaron a Dios mucho antes de que se levantaran las pirámides.

Ha habido, sin duda, en todo tiempo, negación de Dios, porque, como dijo Tolstoi a Gorki, el hombre frustra su propia alma, inhibe sus más nobles impulsos, e infiere heridas a su más fina naturaleza. Y si le negamos, ¿qué nos queda? Contesta un conocido pensador: "Nos quedamos con un hueco en el corazón, un vacío que tiene la forma de Dios". ¡Como aquellos casos de personas a quienes se les ha amputado un brazo o una pierna y que nos aseguran, que, de cuando en cuando, sienten dolor en el miembro ausente! Un escepticismo ligero ha amputado a Dios de nuestra alma. Estamos, por lo tanto, inquietos e impacientes, buscando siempre "un horizonte que seguiría siendo azul cuando llegásemos a él". Parece que nuestro corazón está incom-

pleto; le falta la otra mitad, de la cual ha sido desprendida, esa otra mitad que es Dios. Pues, hasta que lleguemos a adquirir integridad con Aquel que es el complemento de nuestro ser, y que proporciona sentido y unidad a nuestra vida disociada y fragmentada, — hasta que logremos esto, el ansia de completarnos, tan hondamente arraigada en nuestro ser, nunca podrá ser satisfecha.

Indiscutiblemente, Dios es más que toda idea que de El podamos tener. Aprendamos, sin embargo, a pensar de El a la luz de la verdad más noble que nuestra inteligencia pueda descubrir y del ideal más puro que nuestro corazón pueda concebir. Aprendamos a encontrarle en todas partes, en nuestras propias almas y en todas las formas que adquieren la vida, el amor y el deber. Jamás ha sido tan difícil pensar en Dios como hoy, — no porque El sea menos real o menos necesario para nuestro día, sino porque se repite hoy lo que ha sucedido en otras épocas, que los viejos símbolos de nuestra fe han llegado a ser inadecuados, y aun intolerables. Es inevitable que nuestros dogmas y las fórmulas verbales con que expresamos nuestra experiencia religiosa, no sean más que atributos que imputamos a la realidad y jamás una descripción minuciosa. Sin embargo, el hecho de que no podamos sa-

ber todo lo referente a Dios no significa que no podamos saber algo.

Jamás fué despertada en hombre alguno la fe en Dios por medio de la argumentación; y ningún hombre jamás perdió su fe como resultado exclusivo de los razonamientos. Las fuentes de la fe y de la incredulidad, están mucho más adentro que eso, y la lógica no puede sacar del alma lo que no puede poner en ella. Cuando un hombre pierde su fe en Dios, a pesar de cuanto haga para racionalizar y explicar su negación, se debe a alguna crisis moral interior, a algún descuido espiritual, — algún ácido que se ha destilado en el alma, disolviendo la perla de gran precio.

No los argumentos, sino la adaptación, el ajuste, la armonización de nuestro espíritu con el Espíritu Divino, en quien vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser. ¿Cómo podemos ajustarnos a esa divina realidad que llamamos Dios? La respuesta es que constantemente nos estamos ajustando. Nadie sabe lo que es la electricidad. Algunos dicen que es fluído; otros que es una tensión. Sin embargo, nadie en realidad sabe, aunque nos ajustamos a ese misterio, obligándolo a trabajar por nosotros y a iluminar nuestras casas. Jesús dijo que por medio de la sincera devoción a lo mejor que conocemos, descubriríamos la verdad

suprema. Cumpliendo el deber más próximo, siendo fieles en las minucias de nuestra vida, confiando en la superioridad del amor y del perdón sobre el egoísmo y la venganza, — en una palabra, siguiendo las normas que el Maestro nos trazó — llegaremos a Dios.

V

JESUS, — ¿NUESTRO CONTEMPORANEO?

ALLÁ en el fondo de Judea, oscura y reducida provincia del Imperio Romano, agregada al mismo por el derecho de conquista y oprimida bajo la férrea planta del poder militar; cuando el ominoso yugo del opresor se hacía imposible de llevar; cuando el espíritu de ese pueblo, de suyo orgulloso, era atrozmente quebrantado y sus más bellas esperanzas disipadas; en los más penosos días de pruebas y aflicciones crueles para esa nación desventurada; cuando la hipocresía y el sensualismo predominaban en el corazón y en el carácter, tanto del conquistador como de los conquistados, un matrimonio de la más humilde condición social, que vivía en la más despreciada subdivisión y en el más desacreditado pueblo de aquella provincia subyugada, pueblo mar-

cado con el estigma de ignominiosa reputación, puesto que de él se decía: "que jamás había producido cosa buena", se trasladó de Nazaret al pueblecito de Belén, y allí, en un establo medio derruído, a María y a José, el carpintero de Nazaret, en los días de Herodes el grande y del prepotente Emperador Augusto César, les nació un hijo, a quien pusieron por nombre *Jesús*.

Los césares ignoraron este nacimiento, y ni llegaron a sospechar que aquel niño estaba destinado a conquistar un renombre superior al de los más famosos entre ellos. No sospecharon que había de fundar un reino que sobreviviría al poderoso imperio que ellos habían formado y gobernaban, y cuyas fronteras serían las mismas que el Omnipotente puso al orbe en el espacio; que había de adquirir fama tan inmarcesible y duradera, que llenaría el mundo, cuando ya los más soberbios monumentos y los más fastuosos palacios, erigidos por su vanidad inmensa, se habrían derrumbado, convirtiéndose en deleznable polvo; que sería amado y venerado a través de los siglos, cuando ya el nombre más famoso en los fastos de la imperial ciudad, se consignaría en unas pocas líneas; que todos los hombres le rendirían pleito homenaje; que sería el verdadero conquistador del mundo, sin verse, para ello, obligado jamás a tomar por asal-

to ninguna fortaleza del humano poder, ni a capitanear destructores ejércitos; que su triunfo no sería alcanzado por el militarismo brutal; que jamás derramaría una gota de sangre ajena, dando, en cambio, toda la suya por amor a los que se proponía conquistar; que la violencia no se emplearía jamás en la vasta extensión de sus dominios; que tan completo triunfo lo conseguiría empleando las armas de la pureza, la ternura, la bondad, la abnegación, el valor moral y la dignidad de su asombroso carácter; que las cualidades excepcionales de su alma gigante serían las únicas armas con que destruiría al paganismo; que demolería la idolatría y civilizaría al bárbaro; que daría libertad al esclavo y le dotaría de la valiosa prenda de la igualdad civil; y establecería la fraternidad universal, anunciando a los hombres la paternidad y la infinita misericordia del verdadero Dios. Todo esto lo ignoraban los soberbios césares romanos cuando el niño Jesús apareció sobre la tierra.

La vida de Cristo, con excepción del tiempo que pasó en Egipto en su infancia, se desarrolló en la Palestina; país tan pequeño, que sólo contaba 50 leguas de largo por 15 de ancho. Era aquella una época en la que la ciencia no había conseguido tender un puente hasta los astros ni surcar los océanos. Sin teléfono ni telégrafo, la voz del hombre ape-

nas si traspasaba el umbral de su habitación. Sin embargo, la obra y la enseñanza de Jesús han repercutido a través de los veinte siglos pasados desde que su voz resonó entre las montañas de Galilea. Y esos discursos, pronunciados en su mayor parte a pequeños grupos de oyentes y en rincones apartados de un país insignificante, resuenan aún hoy en las aulas de los centros más cultos y famosos del mundo civilizado. Ante los principios y las verdades enunciadas por este Maestro de la humanidad, la ignorancia y el prejuicio se han desvanecido, la superstición, en gran parte, ha desaparecido; la idolatría ha sido desacreditada; las asperezas del odio y de la venganza han sido suavizadas; la tiranía y la presión suprimidas; han sido manumitidas las víctimas de la esclavitud, y libertados los dominados por el vicio. Las ideas y los ideales de este incomparable Maestro han aportado a la humanidad la libertad civil y religiosa; han levantado hospitales y casas de misericordia sin número, y constituyen hoy la Magna Carta de los derechos de los desheredados, de los fracasados, de los vencidos en la dura lucha por la vida.

No poseía renombre, riquezas, posición social ni influencia. Su padre era un humilde artesano, — un carpintero de Nazaret. Sus relaciones eran humildes, de poca importan-

cia social y de ningún prestigio con los grandes y los poderosos. Jamás gozó de privilegios, viviendo confundido con la generalidad del pueblo.

Se movía especialmente entre la gente común, asociándose con las clases desheredadas y morando con los más humildes. Muchos de sus días los pasó en el campo; caminaba por las márgenes de los ríos y las orillas de los lagos; descansaba sobre el brocal de los pozos públicos o en la yerba que matizaba los bordes de las fuentes; se internaba en los desiertos, gustaba de escalar las montañas, y, con frecuencia, pasaba la noche bajo la bóveda estrellada, contemplando las magnificencias del firmamento. Conocía mejor la augusta soledad de las imponentes montañas que el enervante lujo de los miserables palacios; los valles amenos y las praderas, alfombradas de vistosas flores, que los magníficos templos y los soberbios monumentos de las asfixiantes ciudades. De los bienes materiales era más pobre que las aves del cielo y las zorras del bosque, pues ellas tenían nidos y cuevas, mientras que él no tenía donde reclinar su fatigada cabeza. Cuando murió, el único tesoro que legó fué una túnica inconsútil.

Su vida fué muy corta; sólo transcurrieron treinta y tres años desde que nació en el establo hasta su muerte en la cruz; de ellos, tres

tan sólo fueron consagrados al cumplimiento de su divina misión, a pesar de lo cual su memoria había de ser inmortal y tiernamente bendecida entre los hombres.

Los grandes y los privilegiados de su tiempo le llamaron perturbador. Se quejaban de que era un agitador; que no quería dejar las cosas como estaban. Insistían en que las condiciones existentes eran satisfactorias; que los cambios radicales no convenían; que los principios por que abogaba no eran prudentes; que eran revolucionarios; que si se aceptasen, arruinarían los "intereses creados"; que su establecimiento significaría trastorno del orden establecido, y que el hombre que proponía tales cosas era un fanático, que debía, en obsequio a la paz y armonía de la sociedad, ser perseguido y suprimido.

Pero este Hombre, ante tan formidables obstáculos, se conservó inconmovible. Amó la severa justicia más que la falsa paz; la verdad libertadora más que su vida inmaculada. Continuó su enseñanza; no transigió con el error; puso el hacha de su luminosa palabra a la raíz de los muchos males de su pueblo, y sembraba semilla que había de producir ricos frutos.

Las instituciones que tomaron sobre sí la delicada misión de transmitir las enseñanzas y el ejemplo de Cristo a las generaciones futuras, la han cumplido, en forma generalmente

desastrosa. Las enseñanzas de Jesús han servido, en muchas ocasiones, de base para toda clase de abusos. Se ha comerciado con ellas, su contenido espiritual ha sido trocado en burdo materialismo; las han utilizado como máscara para el mejor desarrollo de viles pasiones; se ha tratado de convertirlas en baluarte y justificación de la más infame explotación, de las odiosas distinciones de clases y de la injusticia con su cortejo de crímenes. En repetidas ocasiones han tenido que sufrir el descrédito de falsas interpretaciones, y lo peor de todo han sido las loas y los elogios de aquéllos que se cuidaban muy mucho de no practicar lo que aparentemente tanto admiraban. ¿No es un milagro que la obra y la enseñanza de Jesús se haya conservado en toda su pureza, a pesar de este cúmulo de fuerzas enemigas? ¿Qué mejor prueba podemos desear de que estos principios, sentados por Jesucristo, son la inmutable verdad y por ende, indestructibles?

La humanidad se ha impacientado con las formas de la religión organizada. Pero el pulso espiritual de los hombres late vigorosamente, y, como jamás ocurrió en los pasados siglos, se dirigen hoy a la persona y a las enseñanzas de Jesucristo, preguntándose si no se encontrará en ellas el poder maravilloso que no se ha encontrado en ningún otro sistema,

para ver de domeñar la bestia que en todos hay, y poder ayudar a la humanidad a realizar sus más altos destinos.

¿Qué encuentran hoy los hombres en Jesús cuando dirigen hacia él su mirada? ¿Quién es y qué es?

"Un loco", dice Binet Sanglé. Y no es extraño, porque, como dijera Pablo de Tarso: "Lo tonto del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo flaco del mundo escogió Dios para avergonzar a lo fuerte". Dentro de unos cien años otro Binet Sanglé estará escribiendo sobre "La locura de Mahatma Gandhi". El autor inglés de tendencias avanzadas, J. Middleton Murray, y a quien no se nos ocurriría acusar de espíritu reaccionario o conservador, se quejaba, no hace mucho, de esta clase de crítica. "Confieso — decía — que no poca de la crítica avanzada de la historia contenida en los evangelios me repugna como hombre y me irrita como crítico, por su pretensión de que Jesús fué un tipo ordinario de hombre. A una crítica de esta naturaleza no parece ocurrírsele pensar que, si Jesús hubiese sido una personalidad mediocre, no estaríamos recién ahora, mil novecientos años después de su muerte, tratando de probarlo".

Pero volvamos a nuestra pregunta: ¿qué es Jesús? ¿Qué significado tiene su persona y su obra para la humanidad?

El cristianismo se diferencia radicalmente de otras religiones, en que es un llamamiento dirigido al hombre, no sólo para que cultive ciertas virtudes morales, como la bondad y el amor, sino para que se adhiera a una persona. Incita al hombre a buscar a Dios, no en ciertos conceptos abstractos, sino en una persona, — Jesús. Si me preguntáseis, ¿qué es el cristianismo? no os señalaría un credo, ni una iglesia, sino a una persona. El cristianismo es Cristo. Esto no sucede con el budismo, por ejemplo. Se puede ser buen budista sin saber nada de Buda. No se puede ser cristiano, si no se conoce a Cristo.

Desde los albores de la historia humana el hombre ha creído que Dios no podía quedar mudo; ha tenido una intuición de que la Realidad céntrica del universo había de revelarse; que Dios tenía que haber provisto algún medio para comunicar su voluntad a los hombres. Ideas extrañas forjáronse éstos, de cómo el Creador se manifestaría. Contemplando el vuelo de los pájaros, examinando las entrañas de los animales o estudiando el movimiento de los astros, trataban los hombres de penetrar el arcano que les rodeaba.

Se progresó notablemente en esta búsqueda de la voluntad divina cuando se pasó de esta adivinación artificial a lo que Cicerón llamaba "la adivinación natural". Ahora era una

persona, el oráculo, que servía de instrumento, como se creía, de la Providencia. Pero persistía la tendencia a buscar a Dios en las manifestaciones neuróticas de personas anormales. No parecía poder librarse el hombre de la idea de que sólo en lo mágico y portentoso podría encontrarse a Dios. Se creía que la divinidad hablaba por medio del hombre o del oráculo, no cuando éste estaba despierto y en sus cabales, sino cuando estaba adormecido, o cuando su inteligencia y sus energías normales quedaban en suspensión. Cuanto menos acompañaba a las palabras la inteligencia del hombre, tanto más, se creía, estaría en ellas la inteligencia divina. El oráculo era, por consiguiente, muchas veces, una joven neurasténica o un hombre de mente desequilibrada. Los estados extáticos o hipnóticos, en que las facultades humanas quedaban en suspenso, se creían favorables para la manifestación de lo sobrenatural.

Poco a poco, algunos pueblos fueron emancipándose de esos errores. Declaraban que Dios hablaba, no por intermedio de una persona neurótica o semi-idiota, sino por medio de los mejores, los más buenos y más sabios hombres y sólo cuando daban expresión a lo más elevado y noble en su pensamiento. Fueron los hebreos los que primero crearon un concepto ético de lo divino, y sus maestros

más espirituales enseñaron que Dios había de ser hallado sólo en lo recto y lo bueno. El genio religioso del pueblo hebreo se revela en que señala, no el reino inferior de la naturaleza, sino los más altos y nobles movimientos del espíritu humano, como el lugar donde hemos de buscar las manifestaciones del espíritu de Dios.

Hubo, sin embargo, un aspecto en que el concepto hebreo de la revelación no satisfizo la intuición más profunda del corazón humano. Quedaba todavía en la idea de los hebreos un vestigio del método oracular de llegar a conocer la voluntad divina. La revelación se producía por medio de mensajes que Dios comunicaba al profeta o a la persona inspirada. Lo importante era el texto del mensaje, los "ipsissima verba". Se olvidaba al profeta en el afán de recordar la letra de su enseñanza, y como consecuencia se empezaron a escribir libros. En Israel cundía la tradición de que Dios había escrito la ley en tablas de piedra. El Islam tiene su Koran, copia fiel del original que está, según enseña esa religión, más allá de las estrellas, y que sus adictos llaman "la madre de los libros".

Sin embargo, no es en las palabras, ¡pobres palabras humanas! ni en libros, que Dios concede a los hombres su más plena revelación, sino en la persona de hombres y mujeres. El

único triunfo decisivo de una idea, el único que aun hoy estamos dispuestos a reverenciar, es su incorporación en una vida. Donde mejor escribe Dios su ley, no es en tablas de piedra, sino en el corazón humano. Dios está en los libros porque primero estuvo en los autores de esos libros. Una enseñanza inspirada, es la enseñanza de un hombre inspirado. Será inspirado el libro, pero siempre hay más inspiración en el autor que en el libro.

Otra percepción ha tenido el hombre y es: que en la revelación o comunicación que hemos alcanzado, no hallamos, en primer término, verdades o doctrinas acerca de Dios, sino a Dios mismo. Las ideas acerca de Dios, son de importancia secundaria en comparación con el hecho de encontrar a Dios mismo. No es una comunicación o un mensaje de Dios lo que necesitamos, sino una relación o lazo que nos una a El. Como hemos dicho en otro de los capítulos de este libro: en el cristianismo no tenemos, fundamentalmente, un sistema de verdades para ser creídas (los diablos creen, y siguen siendo diablos), sino la manifestación de ciertas grandes realidades para ser amadas.

Aun el mejor de los hombres es un transmisor deficiente de la verdad y de la luz. Es un vidrio opaco que deforma la luz, o que le da algo de su propio colorido. ¡Quién nos die-

ra una revelación plena! han exclamado los hombres. ¡Si sólo pudiésemos encontrar un medio puro y transparente para que la luz llegue a nosotros sin refracción! Y triunfalmente contesta el cristianismo: ¡He aquí lo que buscáis! ¡Cristo es el medio límpido y perfecto a través del cual ha llegado Dios hasta los hombres! Así lo declara el autor de la Epístola a los Hebreos: "Dios, habiendo hablado muchas veces y en muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por su Hijo".

El floricultor con incansable paciencia cuida y cultiva sus plantas y, al fin, en un día inolvidable, sus desvelos y sacrificios son premiados: aparece la flor doble. En el jardín de la humanidad es razonable esperar que tarde o temprano el proceso de la evolución nos presentara la flor perfecta, la personalidad gigante, el hombre perfecto. Jesús es uno de nosotros; su humanidad no era ficticia, sino real y verdadera; no era un rey que fingía ser carpintero; sufrió hambre y cansancio; fué tentado, como dice el autor de la Epístola a los Hebreos, tal como lo somos nosotros, pero con esta diferencia: no sucumbió a la carne; contaba con algo que le capacitó para triunfar. Pertenece a nuestra humanidad, sí; pero es su punto culminante; va a la vanguardia

de la evolución y es una humanidad tan radiante y victoriosa la que nos muestra, que no nos extraña que Pablo definiera al cristianismo como el esfuerzo que realizan los hombres para llegar "a la estatura de Cristo".

Queda, sin embargo, otro matiz por examinar en esta rica personalidad que estamos contemplando. No podemos leer los evangelios sin percibir que Jesús es también el punto culminante del esfuerzo que hace Dios en su búsqueda del corazón humano. En Jesús hay algo más, mucho más, que la humanidad que cumple su destino y completa el proceso de su evolución, llegando al nivel espiritual; la perfecta humanidad de Jesús es un "don", una gracia que baja de lo alto; representa una invasión en el terreno de lo humano por algo que es divino. La personalidad de Jesús no es sólo un descubrimiento humano; es una comunicación divina. No es sólo el caso de un hombre que se eleva, sino el de un Dios que baja, condescendiendo al estado del hombre; no sólo se llega a la estatura de Jesús por medio de la obediencia y el esfuerzo del hombre, sino que también entra en el proceso el complemento de la generosidad de Dios. No sólo con la fe se eleva el hombre, sino que necesita también la fuerza estimuladora de la gracia divina. Ante la perfecta humanidad de Jesús, no podemos sentir orgullo por lo que la raza

ha producido, sino gratitud por lo que ha recibido para su enriquecimiento; no podemos romper en aplausos ante lo que podríamos considerar un triunfo de la humanidad, sino que caemos de hinojos ante el reconocimiento de que esa perfección es imposible sin la gracia que condescendió en ponerla en nuestro medio.

"Dios y el hombre — dice un autor francés — son dos seres que se han perdido y que se buscan mutuamente". Nos recuerdan estas palabras la significativa frase de Pablo, en la que el gran apóstol pone en cáscara de nuez la esencia del cristianismo: "Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí". Según los evolucionistas, hay dos fuerzas que trabajan en la evolución, — "la poussée vitale" y "l'attrait vital", — algo en la vida que la empuja hacia adelante, y algo allá afuera que la atrae. Dios no esperó hasta que fuésemos buenos. "Aun cuando éramos pecadores, Cristo murió por nosotros", dice el evangelio. No lo olvidemos, los que queremos ser cristianos: hay que amar, sin esperar a que los hombres sean dignos de nuestro amor, pues así ama Dios.

Una de las profundas experiencias espirituales de la vida es aquélla que nos revela que no somos nosotros solos los que buscamos el Bien, sino que el Bien nos busca a nosotros.

Cuando ya empezábamos a sentirnos complacidos de nosotros mismos por algunas cositas buenas que habíamos realizado, algo nos arrancó de nuestra ufanía y nos enfrentó con algunas grandes cosas que una misteriosa Realidad requería de nosotros. Esa Realidad, encarnada en Cristo, va en busca del hombre.

Emerson nos manda que "enganchemos el carro de nuestra vida a una estrella". Pero ¿quién es el que no ha descubierto con desesperación, que las estrellas están muy altas? Si la estrella bajara, entonces sí podría poner mi vida en relación con ella. Jesús como Maestro, me asusta. "Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os maltraten; no dejéis que vuestra diestra sepa lo que hace vuestra siniestra; sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto". ¡Está tan alta esa estrella! ¿Quién podría llegar a ella? Pero si efectivamente "Dios estaba en Cristo", podrá entonces cumplirse en mí lo que dice el autor del cuarto evangelio: "Jesús vino a los suyos, pero los que eran suyos no quisieron recibirle; mas a todos los que le recibieron, dióles fuerzas para que sean hechos hijos de Dios".

La encarnación, — esa misteriosa invasión de lo humano por lo divino, — nos revela las maravillosas capacidades del ser humano. No es despreciable este cuerpo. Se equivocaron

gravemente los ascetas. "¿No sabéis que vuestro cuerpo es el templo del espíritu de Dios, que mora en vosotros?" dice Pablo. No se engrandece al espíritu menospreciando al cuerpo. La casa donde ha de morar el espíritu debe ser limpia y cómoda. ¿Cuál es, pues, la estupenda enseñanza de la encarnación? Que Dios puede habitar dentro de la armazón de una vida humana y obrar a través de la personalidad de un hombre. Que hay que buscar a Dios, no en lo portentoso, ni en la magia o el ocultismo, sino en los hombres generosos, en las mujeres nobles y en los niños llenos de bondad y gracia que nos rodean.

Esa fué la experiencia de Whittier, quizás el poeta más espiritual que hayan tenido los anglosajones. Cuando joven tuvo que acompañar en cierta noche a su piadosa madre, que iba en misión de amor a la miserable choza de una mujer de mala fama que moría en el más triste abandono y miseria. El joven Whittier vió entrar a su madre, la que, arrodillándose al lado de la sucia cama y recogiendo a la pobre mujer en sus amantes brazos, le dijo: "Hija mía, ¿puedo hacer algo por tí?" "Profundamente conmovido por la ternura y el amor de mi madre — dice el poeta — salí de aquella miserable habitación y, contemplando la bóveda estrellada del cielo, exclamé: el Dios que hizo toda esta maravilla del univer-

so, tiene que ser, por lo menos, tan amante y tan bueno como mi madre. Desde aquel día, — termina diciendo — no he dudado jamás del amor ni de la providencia de Dios".

Nunca mejor ni en forma más plena hemos de encontrar a Dios que en esas almas transparentes y llenas de bondad y amor que encontramos en la áspera senda de nuestra vida. No nos extrañe, pues, que Jesús haya dicho: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre".

Hay una pregunta que estará ya formándose en la mente de la mayor parte de los lectores de este ensayo. Preferiría no tocar el problema que esa pregunta suscita, lo que hubiera sido fácil... sencillamente, omitiendo este párrafo. Pero como todo lo que se ha consignado en este libro ha sido escrito con el sólo fin de orientar a los que sinceramente buscan alguna luz sobre estas cuestiones, no debo eludir la delicada tarea de abordar el problema más difícil con relación a Jesús, — es decir, el más difícil en el terreno del pensamiento, porque no hay que olvidar que lo más difícil de todo no será explicar a Jesús, sino obedecerle. La pregunta a que hago referencia es esta: ¿Es Cristo Dios?

Yo no voy a contestar esa pregunta para usted, amable lector, sencillamente porque nadie puede contestarla para otra persona. Lo único que yo podría hacer es dar testimonio

de lo que yo he encontrado en Cristo y de lo que El ha llegado a ser para mí.

En primer lugar, creo que la declaración, "Cristo es Dios", que tantas veces hemos oído de labios de los representantes de las diversas iglesias, no es de las más felices. Para muchas personas esa declaración destruye la realidad de la humanidad de Cristo; se forman, además, la idea de que todo lo que había de Dios estaba en Cristo y que no quedaba nada de la divinidad en ninguna otra parte del universo. Todo lo que había de la deidad cupo en el cuerpo de un hombre, — lo que es inconcebible y contrario a enseñanzas explícitas del Nuevo Testamento. Cristo habló frecuentemente de su Padre "que estaba en los cielos"; dirigía también sus plegarias a ese mismo Padre. "Yo y mi Padre somos uno", dijo, declarando con ello la unidad de miras, de propósito y de principios que existía entre El y la Realidad suprema que se manifestaba en El. Crea, pues, esa frase dificultades que bien podríamos evitar. Yo prefiero decir: Cristo representa a Dios; tiene para mí el valor religioso de Dios; veo en El a Dios; la divinidad se me presenta en El en forma cordial y atractiva, en términos comprensibles.

Pero, ¿por qué hubiera preferido no abordar esta cuestión? ¿por qué es que ni yo ni nadie, podría contestarla satisfactoriamente pa-

ra usted, estimado lector? Porque con la divinidad de Cristo sucede lo que con el matrimonio, con la amistad o con el amor. ¿Qué valor tendría, si pudiésemos probar sobre el papel que el matrimonio es un sacramento? Sólo el que comparte con una digna compañera o con un noble consorte las cuitas, las responsabilidades, las desesperaciones y las profundas satisfacciones espirituales de la vida matrimonial, puede empezar a comprender lo que se quiere decir cuando se declara que el matrimonio es algo sagrado. Lo mismo sucede con la amistad: la amistad verdadera es un descubrimiento, no una fórmula con que se adquieren amigos. Nos sentimos atraídos por un espíritu afín y, poco a poco, por medio de ese compañerismo, descubrimos al amigo y, por medio de él, sabemos lo que es la amistad. Decir que nadie puede seguir a Cristo, que nadie puede ser compañero del incomparable Maestro Jesús, si no empieza reconociendo o por lo menos declarando su fe en la "deidad" de ese Maestro, es decir lo que no es verdad. Infinidad de hombres han empezado "a caminar con Jesús", conscientes de su ignorancia y falta de fe, pero atraídos por algo que no habían encontrado en ninguna otra figura humana. Y luego, a medida que ese delicado y espiritual consorcio continuaba, iban descubriendo en el Maestro lo que jamás esperaban encontrar y,

lo que es más, lo que nunca hubieran encontrado, si se hubiesen mantenido al margen del camino a la espera de la solución de todos los problemas intelectuales que Jesús creaba. Empezar con el elemento metafísico que encontramos en Jesús, es invertir el orden. En este asunto, como en cualquier otro, hay que tener buen sentido. Empecemos con lo humano, con lo que está a mano, con lo que está cerca de nosotros; dejemos luego que nuestro espíritu vaya explorando y descubriendo aquellas cosas que sólo se revelan como resultado de un proceso de preparación. Diría yo, pues, al lector: insistid en que vuestro propio corazón pronuncie su veredicto, pero dadle tiempo para que vaya palpando la realidad, y tanteando el camino.

Para muchas personas, quizá, el misterio de las dos naturalezas que se unen en Jesús, la divina y la humana, se presenta como un problema irreductible. "Dios estaba en Cristo",— ¿cómo es posible? Sin pretender solucionar el problema y sólo con el fin de derramar alguna luz sobre él, empecemos definiendo nuestros términos. ¿Qué entendemos por naturaleza divina? Y la respuesta sería, probablemente, que en el caso de Jesús su divinidad se manifestaba en los milagros que obraba y que se mostraba humano en que sufría hambre, sed, fatiga, etc. Pero los seres inferiores del reino animal sien-

ten hambre, sed y fatiga y no son humanos. Lo que distingue a la naturaleza humana tiene que ser algo más que estas características que comparte con el animal inferior. Es en la consciencia del hombre que descubrimos la característica que le hace humano; esa capacidad para mirarse a sí mismo, para sentir la inquietud de grandes aspiraciones y para llevar a cabo un sostenido esfuerzo por su realización. La perfección de la naturaleza humana en Cristo la vemos en su fe y en su constante ascensión hacia Dios. El milagro más formidable de Jesús lo constituye no el caminar sobre las aguas o el transformar el agua en vino, sino su método de vida, su propia vida. En un mundo dominado por la fuerza bruta, en que el brazo derecho de los hombres era su Dios, y en el que, como hoy, los hombres decían que Dios estaba de parte de los ejércitos más poderosos, se atrevió Jesús a darnos la más sublime exposición de confianza que registra la historia, en las fuerzas espirituales del universo. Vivió de acuerdo a la ley del amor; y ¡he aquí! ¡milagro de los milagros!, no fué aniquilado, ni derrotado, ni olvidado. Nos prueba que éste es un mundo en que el hombre que confía en las fuerzas espirituales puede sobrevivir, y más: puede triunfar. He ahí la expresión más cabal de la divinidad de Jesús: su fe y su confianza en Dios.

En realidad, la naturaleza de Dios y la del hombre no difieren en esencia o calidad. El hijo, al fin, es una prolongación del padre. La lagunita de agua salobre en las arenas de la playa no es el océano, pero es de la misma naturaleza o sustancia que aquel. No sería un error decir que es el océano en miniatura. Dios es espíritu; el hombre también lo es. El hombre responde a la misma necesidad ética que surge de la naturaleza de Dios. Somos hombres, es verdad; pero estamos en un nivel superior al del animal. Dios puso el soplo de su naturaleza en nosotros. Dios es perfecto; nosotros no lo somos, pero vamos hacia la perfección, la perfección de la naturaleza divina. Dios es amor, y la naturaleza del hombre es la de querer ser amor. Es en la naturaleza de Jesús que encontramos, no sólo a Dios, sino también al hombre. He ahí el magno significado de la encarnación. Cuando se nos pregunta qué es la naturaleza humana, nos inclinamos a contestar señalando esos aspectos inferiores y aun brutales en el hombre. Así es el hombre, decimos. Pero Aristóteles enseñó que todo lo viviente debe ser definido, no por sus principios, sino por su fin; no por lo que es, sino por lo que podría llegar a ser. En una bellota está la posibilidad de una encina. Al ver una encina no tenemos el derecho de exclamar: ¡qué hermosa bellota! Pero cuando vemos una bellota,

entonces sí estamos autorizados para exclamar: ¡qué magnífica encina! "¡Gloriosa humanidad!", podemos exclamar al contemplar a Jesús, pues en él está revelado el valor infinito y las capacidades morales del hombre; en él descubrimos a la humanidad, no como es, sino como podría llegar a ser.

No sólo me muestra Jesús al hombre, sino que me revela también a Dios. El mundo había preguntado muchas veces, ¿cómo es Dios? y los hombres habían contestado señalando a algún rey o emperador, a algún Calígula, a un Claudio o Nerón. Pero un día apareció en el mundo un puñado de hombres contando una extraña historia: la de un artesano, un hombre manso y humilde, que iba por todas partes haciendo bienes; y declaraban ante la incrédula humanidad: "Dios es así; este hombre nos revela la divinidad".

Jesús no vino al mundo para traer una nueva religión, sino para ser él una religión. Y basta que un hombre sólo tenga el valor de decir la verdad, para aumentar la verdad en todo el universo. Cristo pudo ganar y convencer a unos pocos hombres, — pero los convenció absolutamente. Y eso bastaba. Siempre basta. Es la minoría espiritual y dinámica que salva a la mayoría material e indiferente. El historiador Lecky, en su "Historia de la moral europea", dice: "Los tres cortos años de vida activa de

Jesús han hecho más para regenerar y suavizar las asperezas de la humanidad que todas las disquisiciones de los filósofos y todas las exhortaciones de los moralistas".

Este sublime Maestro se destaca en la historia como el más iconoclasta destructor de todo lo falso y decadente, y también como el más valiente regenerador de todo lo que podría servir al desarrollo de la individualidad humana. No exageremos la mansedumbre de Jesús: fué manso en el sentido de que jamás echó mano de sus recursos para sacar ventaja para sí, pero en la lucha por los demás, era un león. No ponía siempre gran violencia en sus palabras; en algunas ocasiones les ponía alas de paloma a sus parábolas, pero en otras, su palabra era el viento mismo de las arenas caldeadas. No olvidemos que repetidas veces sus principios revolucionarios fueron lanzados en los dientes de una turba furiosa que, con piedras en mano, clamaba por su vida.

La muerte de Jesús no fué causada por la incomprensión de los hombres; lejos de ello. Estos le crucificaron porque *entendían harto bien* el significado de su enseñanza. Hubo entre Jesús y los príncipes de la Iglesia de aquel día una profunda y acérrima oposición. Cuando Jesús se refirió al Templo, diciendo que era como una cueva de ladrones, no hablaba en abstracto, ni en términos generales; estaba tra-

tando de hacer comprender que una Iglesia no debe ser un fin en sí, sino que debe servir de instrumento para la realización de ciertos fines espirituales. El valor de una institución eclesiástica, sostenía Jesús, tendrá que ser apreciada sólo por la medida en que sirve las profundas necesidades espirituales de los hombres. Una Iglesia debe ser juzgada por lo que hace en bien de los hombres. Jesús fué muerto porque declaró la guerra en contra de los intereses creados y atrincherados que constituían, según él, un obstáculo grande para el bienestar de los hombres. Millares de personas escucharon las enseñanzas de Jesús y no dejaron de percibir la fuerza convincente de sus argumentos, pero fueron los representantes de los intereses creados y tradicionales de aquel día los que se dieron cuenta, además, que este hombre ponía en peligro sus privilegios y que debían acabar con él. Es entonces que vemos a los fariseos y herodianos ponerse de acuerdo en su persecución de Jesús, — éstos, que se detestaban mutuamente, olvidan por algunos días sus profundos rencores y unen sus fuerzas para castigar al peligroso profeta venido de la campiña de Galilea. El que quisiere descubrir si el evangelio de Cristo es una fuerza gastada o un anacronismo, póngalo a prueba tratando de aplicarlo a la vida política, eclesiástica, económica o social de nuestro día y verá

como todavía tiene poder esa doctrina para producir formidables explosiones a quienes traten de vivir en armonía con sus principios.

. . . .

Pero basta ya de definiciones. No pretendo haber definido a Jesús. El trasciende toda fórmula explicativa. Su personalidad no puede ser reducida a la pobre medida de una definición. Quiero inclinar mi corazón ante El cuando le oigo nombrar y poner su nombre en mayúsculas cuando de El escribo, — nada más. Quizás con el maestro pintor Doré debiera yo exclamar: "Si le hubiera amado más, le habría representado mejor". Un día en Londres, cuando en un círculo de genios literarios se hablaba de la obra del Maestro de Galilea, Carlos Lamb dijo: "Si en estos momentos entrara Shakespeare, nos pondríamos de pie; si entrara Jesús, caeríamos de hinojos ante la majestad de su persona".

"Ahí en América — dijo una vez don Miguel de Unamuno — civilización significa cristianización. Bajo la nieve pueden nacer flores; en la arena, no. Ahí lo que creo hace falta es afirmar el suelo moral y que la sucesión de generaciones de espíritus vaya dejando humus espiritual. Es menester que los hombres que corren todo el día tras el negocio pasajero, aprendan a meditar el significado de la vida". Que

sirvan, pues, estas páginas para dirigir la mirada de la juventud de mi América hacia Aquél que dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida".

Para que la flor de la vida no sea pobre, necesita que sus raíces se ahonden en tierra fértil, llena de ricos estímulos espirituales. Tomad la flor más ordinaria que podáis encontrar y recordad todo lo que ha necesitado para formarse. Para tomar su forma fué necesario que sintiera sobre sí la fuerza de la ley de la gravitación. Para refrescarla, los océanos tuvieron que brindarle sus rocíos. Para vivificarla, tuvieron que acariciarla las corrientes eléctricas del aire. Para que aparecieran sus modestos tintes, necesitó las vibraciones del éter. Y finalmente, para perfeccionarla, fué necesario que un orbe a más de ciento veinte millones de kilómetros de distancia, enviara sus rayos de luz y de calor. Pero florecilla, podríamos decirle, eres muy pretenciosa. ¿Necesitas todas esas fuerzas y estímulos para formarte? Y, si tuviera voz, nos contestaría la pequeña flor: Quitad de mí una sola de esas fuerzas, y crezco raquítica y pobre.

En esta hora tremenda de angustia y desolación por que pasa la humanidad, sería fatal que nuestra juventud se contagiara de la única enfermedad que puede esterilizar los esfuerzos de una generación: la sequedad de espíritu. Quie-

ro que pase sobre esa nueva y briosa juventud que se está formando en todas estas repúblicas de la América latina, el soplo vivificador de las grandes inquietudes, de las inquietudes eternas. Sólo así, sólo conservando intacto el resorte íntimo de nuestra religiosidad, hemos de poder romper las cadenas del egoísmo y escapar del sepulcro de una existencia árida, fútil y sin sentido.

¡Cristo! Tú que eres la verdad, alúmbranos.
Tú que eres la vida, vivifícanos.
Tú que eres el camino, guíanos.

INDICE

...inp METOD, Paramaribo 1635. Bs. Aires